

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

DE REGALO Y DE PAGO



HEROES DE LAS ARTES MARCIA

RALPH BARBY

DE REGALO Y DE PAGO (M. P. SAVAGE-3)

Colección ¡KIAI! n.° 11
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

7 — Satori - *Lou Carrigan*

8 — En Tokio también se muere -*Burton Hare*

9 —Tres dragones de oro -*Curtis Garland*

10 — Con las manos vacías -*Lou Carrigan*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 219 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Los párpados ocultaban sus ojos; no había el más ligero pliegue de tensión en ellos ni en todo su rostro.

Moses Pacific Savage se hallaba en una actitud psíquica y física de concentración. Nada en el mundo existía para él en aquellos momentos, nada a excepción de sí mismo, de su espíritu, de su propio cuerpo, de cada una de sus células, de cada uno de sus pensamientos que se recogían entre sí formando como una esfera iridiscente que lo tranquilizaba y templaba a la vez.

Hacía pocas horas que había aterrizado con su *Piper Jet* en la pista que poseía Liberty Garden, una pista tan secreta como el lugar mismo.

Nadie, excepto el propio Savage, su fundador, sabía dónde se ubicaba Liberty Garden.

De ser descubierto el enclave por sus enemigos, que por serlo de Liberty Garden lo eran del hombre mismo, como centro y eje de la Humanidad, lo habrían arrasado sin contemplaciones.

Allí se formaban los budokas seleccionados por M. P. Savage, muchachos y muchachas que cultivaban su cuerpo lo mismo que su espíritu, adquiriendo el Do[1] y el *Muga* [2].

No se doblegaban ante nada ni nadie, ni frente a ideologías, doctrinas, prebendas o sobornos de clase alguna, aunque cada uno de los que allí estaban podía tener su particular ideología o doctrina, respetando implícitamente las de los demás.

Toda aquella educación y mentalización se basaba en el amor al hombre, entendiéndose como tal, mujer y varón, ya que tampoco había segregación de sexos.

En Liberty Garden se forjaban los mejores budokas del mundo. No se preparaban para matar, sino para ser justos con los demás, esencialmente consigo mismos.

Forjar aquellos budokas era la meta de Moses P. Savage y ello no era fácil, las dificultades surgían por doquier.

Savage tenía muchos enemigos, en especial los sicarios miembros de la Secta del Dragón Bicéfalo, asesinos pagados por alguien, o por grupos que ansiaban eliminar a Savage y a sus seguidores, a todo lo que de purificador significaba.

Era obvio que en Liberty Garden no se preparaban budokas para la competición en los grandes Kodokanes de las Artes Marciales. Cualquiera de ellos podía competir en una o varias especialidades, mas no aspiraban a ser como legendarios *ninjas,* practicantes del Bushido en no menos de quince Artes Marciales distintas.

En Liberty Garden se formaban budokas, verdaderos budokas, esencialmente en el espíritu. Cualquiera de ellos, de tornarse un

Judas, podía convertirse en el peor de los asesinos a sueldo, pues se ponían a su alcance técnicas mortíferas, extraídas de las respectivas Artes Marciales.

Parecían los chicos o las chicas más pacíficos, pero de entrar en acción, con las manos vacías incluso, podían matar a un adversario en cuestión de segundos y por fornido que éste fuera.

Por ello, Moses P. Savage tenía un especial cuidado al elegir los discípulos que ponía en manos del Sensei, el honorable budoka que regía Liberty Garden y el hombre que había hecho de M. P. Savage lo que ahora era.

Los enemigos de Savage, seres de alma y conciencia corrompidas, le creían un estafador, un chantajista y

Un extorsionador, pero quienes le conocían bien, en especial los que se hallaban en Liberty Garden, le calificaban como el Star-Budoka, aunque él rechazaba esta forma de ser llamado.

No era fácil la tarea que se había impuesto. Luchar contra la corrupción y la demagogia en el mundo era empresa de titanes. Luchar contra los mafiosos y opresores, contra los estafadores, los que chupaban la sangre y el sudor del prójimo, resultaba un esfuerzo sobrehumano, pero, encima, crear Liberty Garden, su Jardín de la Libertad, para formar nuevos budokas con los espíritus limpios y dispuestos a hacer la misma tarea, habiendo sacado a esos muchachos y muchachas de los *ghettos* de las ciudades donde vivían marginados y al borde de la delincuencia, era ya increíble.

Por ello, quienes habían oído hablar de Liberty Garden, temían más y más a su fundador Moses P. Savage, el Star-Budoka que no luchaba para ganar medallas ni competiciones.

No se hundía de lleno en el mundo de la corrupción para lucrarse, sino para desarticular, para limpiar. Como los históricos y más afamados *samurais,* había dejado a un lado su ego y se entregaba al prójimo para ayudarle aun a costa de su propia vida.

M. P. Savage era integrista total de creencias, razas y sexos, porque incluso él mismo ignoraba qué sangre corría por sus venas.

Tenía la piel blanca y los rasgos de cualquier caucásico, con pupilas de un color verde intenso. Sin embargo, su pelo lacio, largo y negro, recordaba el cabello de un japonés.

El sólo sabía que había nacido en un lanchón neumático en medio del océano, Pacífico, tras capotar y hundirse el avión militar norteamericano cargado con mujeres blancas y asiáticas, esposas de militares norteamericanos, que se dirigían de Okinawa a Estados Unidos.

Un enfermero y él habían sido los únicos supervivientes. Su madre había desaparecido en el mar, posiblemente lanzada al agua, después de morir, por aquel enfermero que le había ayudado a nacer y

que luego, a causa de la soledad en el océano, las privaciones y el intenso sol, había enloquecido.

Su propio nacimiento había sido la primera lección de su vida. El no era hijo de aquí o de allá, ni siquiera pertenecía a una raza concreta. Moses P. Savage se consideraba hijo del mundo y bajo esta premisa se comportaba.

Comenzaron a cantar los pájaros en torno e incluso dentro del Templo de las Meditaciones, el único templo que había en Liberty Garden.

Era amplio y circular, simplemente una alta y amplísima bóveda sostenida por columnas. En él todo cabía porque nada se imponía.

Dentro del templo sencillo y magnífico, con diversas tendencias arquitectónicas y ninguna concreta, penetraban las plantas cuidadosamente cultivadas. Por alargados estanques de aguas nítidas se deslizaban peces de colores. Los pájaros volaban alrededor o pasaban por su interior, entre las altas columnas que sostenían la bóveda que, por toda decoración, tenía los colores del arco iris.

En su posición yoga de *sidhasana,* Savage seguía meditando y con los párpados cerrados escuchaba el canto de los pájaros en la suave y apacible alborada.

Lentamente, comenzó a nacerse de día y Moses Savage lo notó a través de sus párpados.

Desde su arribada a Liberty Garden en su avioneta a reacción, había estado meditando en el templo. Había deseado estar solo y así se lo había expresado al Sensei. Su deseo había sido respetado, el día nacía y Savage se sentía en paz espiritual y físicamente.

Aquélla sería una jomada difícil. Tenía que someter a prueba a uno de los jóvenes budokas de aquella escuela de budokas que no saldrían al mundo para ganar competiciones, sino para ser hombres y mujeres en su forma más integral.

Vestía el *keirogi* y el *hakana* o falda pantalón. Su ropaje era violeta, su color habitual, aunque no fuera el utilizado en una competición rigurosa.

Abrió despacio los párpados y sus ojos se fueron inundando de luz cuando ya sus oídos estaban llenos de gorjeos, trinos y murmullos del agua que corría.

Se levantó y ajustó el pañuelo a su cabeza, de forma que cualquier occidental podría pensar que era una especie de pirata, pero nada más lejos de ello.

Salió del Templo de las Meditaciones y paseó por los jardines que los que allí residían cuidaban con esmero, pues tan importante era cuidar una flor en su planta como en un jarrón, realizando un delicioso *ikebana* (el arte de componer las flores que los propios *samurais* practicaban), como aplicar un *atemi* que podía ser mortal

para el adversario.

Cuando el sol todavía era de color naranja y no agobiaba, en el gran *dojo* rodeado de bancos esperaban todos o casi todos los residentes del Liberty Garden.

Cada vez que Moses P. Savage, el Star-Budoka, se disponía a hacer una exhibición, había un gran interés por verlo y aprender de él, mas nadie daba voces, todos sabían esperar, especialmente un budoka, uno que singularmente sería también figura principal en aquella exhibición.

En medio de un gran silencio, Savage subió al *tatami* del Dojo en el cual se practicaba cualquier Arte Marcial.

Saludó respetuosamente a los venerables ancianos que ocupaban el *joseki* y que dirigían Liberty Garden a petición suya, y a todos los jóvenes vestidos con judogis níveos.

Le entregaron un *bokken,* el bastón de entrenamiento que tenía que actuar como la *katana,* el temible sable de los samurái.

Con el duro *bokken* entre las manos, practicó primero despacio y luego más aprisa unas *katas* de Kendo.

Cada movimiento de su cuerpo, cada giro de sus pies o brazos, cada oscilación del *bokken,* expresaban un absoluto control y dominio del arte del Kendo.

Era temible y estaba cargado de armonía al propio tiempo. Era casi un ballet; sin embargo, cada golpe de aquellos que se marcaban en el aire, de recibirlos alguien, podía ser mortal y, por supuesto, en el caso de manejar la temible y afilada *katana,* habría sido letal en su más alto grado.

Terminó las *katas* de Kendo con el *bokken* y entonces se adelantó un budoka de piel negra y cuya musculatura se adivinaba fuerte. Era casi tan alto como Moses P. Savage y su mirada era limpia. También vestía el *karategi* y tomó en sus manos el *bokken* que le entregó el propio Savage como un símbolo que el budoka negro supo comprender.

Practicó las *katas* de Kendo con absoluta pureza bajo la observación de sus maestros y compañeros, y en especial de Savage, que era quien lo había elegido.

Cuando terminó los ejercicios con el *bokken,* recibió un cerrado aplauso. El propio Savage le aplaudió, mas aún faltaba la parte más difícil y el budoka negro lo sabía.

Ambos se situaron en los extremos del área de ejercicios y varios compañeros comenzaron a vestirlos para el combate de Kendo. Corazas, hombreras, gruesos guantes de cuero, protectores de rostro y cabeza... Cuando tuvieron todos los protectores puestos, pusieron en manos de ambos, y respectivamente, los *shinais,* que en los combates de Kendo suplían, también, a la temible *katana,* capaz de decapitar a

un hombre de un solo tajo.

El *shinai,* hecho con tiras de bambú y sin sobrepasar el kilogramo de peso, no resultaba peligroso; sin embargo, era más que suficiente para demostrar la técnica del Kendo sin correr el riesgo de matar al adversario que, por otra parte, iba perfectamente protegido.

Los combatientes se pusieron frente a frente.

El budoka negro vestía de azul oscuro. Por su parte, Savage lucía el color violeta morado y llevaba la flor del pensamiento, su flor simbólica, bordada en la espalda en color dorado.

Savage tanteó a su discípulo. Viendo que se movía bien, le dejó la iniciativa de las ofensivas y se dedicó a contener los golpes que previamente advertía, como era de rigor en el combate.

Los *shinais* golpeaban entre sí produciendo extraños chasquidos, pero los bambúes no se rompían, eran flexibles y resistían perfectamente.

El budoka negro trató de aplicar con su *shinai* golpes teóricamente mortales, mas Savage los desviaba con su propio *shinai.*

Por más que lo intentó, el budoka negro no consiguió aplicar un golpe perfecto, un verdadero *ippon;* sin embargo, Savage no trató de humillarlo, todo lo contrario.

Dio por concluidos los ejercicios y saludó cortésmente a su adversario, luego a la presidencia y, finalmente, a los jóvenes budokas que componían la población de Liberty Garden. Después, acercándose al budoka negro, le dio un estrecho abrazo.

—Magnífico, Dodango, tienes un perfecto control de ti mismo. Sé que tu espíritu tampoco nos defraudará; prepárate, dentro de una hora partiremos.

—¿Puedo preguntar adónde, Savage?

—Al África negra. Hay un país, una nación, que necesita hombres como tú, hombres incorruptibles y que piensen en su prójimo. Allí ya hay alguien, y no sólo uno, que está practicando la corrupción,, esa corrupción que impide que el país avance y salga de una miseria en la que unos pocos tienen de todo y unos muchos se mueren de hambre. ¿Estás dispuesto?

—Sí, Savage, estoy dispuesto.

—¿Eres consciente de que puedes morir en el empeño, lo mismo que yo?

—Que la muerte venga cuando el destino la envíe. Lucharé contra la muerte, pero no la temeré.

—Perfecto; y recuérdalo, no luches jamás contra nadie si en tu espíritu hay rencor o deseos de venganza; no lo hagas, porque entonces se marchitaría la flor de tu cerezo y serás impuro.

—No olvidaré las enseñanzas del Sensei, Savage, no puedo olvidarlas porque creo en ellas.

—Dodango, sé que no nos fallarás. Despídete de todos y pongámonos en marcha. La corrupción en el mundo no se detiene; nosotros tampoco podemos tomarnos un descanso.

Más tarde, antes de que el sol se hiciera fuerte, todos los miembros de Liberty Garden alzaron sus ojos hacia el cielo.

Por encima de la gran cúpula del Templo de las Meditaciones, una moderna *Piper Jet* birreactor cruzaba la bóveda celeste, contrastando su avanzada tecnología con la paz y casi el bucolismo que se respiraba en aquel Jardín de la Libertad, una libertad que todos los jóvenes allí acogidos encontraban dentro de sí mismos y de cada uno de sus espíritus irradiaba luego hacia los demás.

Pero el mundo no era sólo Liberty Garden; el mundo era otra cosa y hacia él volaban Moses P. Savage y Dodango, el budoka negro.

CAPÍTULO II

La prisión Underground estaba ubicada a unas docenas de millas de la ciudad de Zatandia, capital de la nación del mismo nombre perteneciente al África negra, uno de los países con reciente independencia y en completo subdesarrollo tercermundista[3].

Muchos habían oído hablar de la prisión Underground; otros no querían ni mencionarla, pues se la temía como a la más pavorosa de las supersticiones, aunque nadie que hubiera ingresado en la prisión había salido para contar lo que allí dentro sucedía.

Había una vasta extensión de bosque selvático y en unos claros del mismo se levantaban barracones prefabricados. Todo tenía un aspecto normal en una región como aquélla, mas la prisión había sido construida bajo tierra, con millones de toneladas de cemento armado.

A fuer de sinceros, no se podía acusar al régimen negro de haber construido tan horrenda prisión, si no que la culpable había sido la potencia colonizadora y racista que se había lucrado del país hasta verse obligada a concederle la independencia; pero semejaba que los nuevos dirigentes habían aprendido más de los defectos que de las posibles virtudes de los blancos. Por ello, la prisión Underground había sido restaurada y reforzada.

Una alta empalizada, pues allí la madera abundaba, rodeaba el área de la prisión. Era un cerco considerablemente grande, de casi cien mil metros cuadrados de superficie interior.

Había, también, alambradas y barreras de espinos electrificados delante y detrás de la valla, sensores muy sofisticados, verdaderas obras de arte de la ingeniería electrónica, pues, tristemente, la mayoría de los créditos que diferentes potencias mundiales les habían hecho, tenían que invertirlos en la compra de armamento y toda clase de artilugios bélicos. Sólo una mínima parte de aquellos créditos se podía invertir en maquinaria agrícola y de transporte.

Una vasta zona en torno al cerco de la empalizada estaba plagada, a su vez, de minas muy sensibilizadas y ni los propios centinelas de la prisión conocían su posición exacta. De esta forma se evitaban posibles sobornos.

Sólo había una forma de entrar o salir de la prisión, y ésta era la puerta principal que conducía a una mala carretera sin asfaltar y que en tiempos de lluvias quedaba cubierta por las aguas y no era extraño ver atravesándola a nado, desde saurios a serpientes acuáticas.

Cualquiera que intentase entrar o salir de la prisión Underground sin utilizar aquella carretera forestal, podía considerarse hombre muerto.

En el puesto de mando de la cárcel se hallaban reunidos tres hombres. Uno era el comandante de la durísima prisión, donde la mayoría de los reclusos eran rebeldes al régimen imperante en Zatandia.

Otro era el mayor Job Tesang, director general de la Security Army Police, vulgarmente conocida por su anagrama SAP.

El tercer hombre era de rasgos también negroides, aunque su piel no era tan oscura como la de sus otros dos interlocutores. Por sus venas corría sangre de dos razas. Era un sujeto más bien, grueso, refinado, de ojillos aviesos, muy calvo y bigote con barba sin unirse a las patillas.

Además de negro tenía algo de norteafricano, quizá mediterráneo. No vestía de militar y era el más astuto del grupo. Aparentemente no empleaba la fuerza, pero quienes la utilizaban le obedecían a él y bastaba una insinuación suya para que alguien fuera ejecutado.

—¿Qué hay de esos guerrilleros que van y vienen por la selva? —inquirió míster Patricio, el mestizo gran movedor de marionetas.

—Tenemos a varios de ellos y hablarán, seguro que sí —dijo, con mucha seguridad, el mayor Job Tesang.

El comandante de la temible prisión esbozó un gesto preocupado en su rostro negro.

—No es tan fácil, son fanáticos y aguantan mucho.

—Tenemos independencia y un gobierno consolidado; no vamos a permitir que unos salvajes adiestrados fuera de nuestras fronteras, y en ocasiones ayudados y comandados por mercenarios blancos, nos impidan desarrollarnos.

—Uno de los prisioneros ha pasado ya por varios métodos disuasorios y convincentes y los ha resistido todos. Cada vez que sufre algún dolor, grita: «¡Libertad para Zatandia!», y el muy imbécil lo grita ahora que ya somos libres.

—¿Y qué piensa hacer con él? —preguntó míster Patricio, el hombre gris que no solía aparecer en público ni tenía mando alguno reconocido, pero que era obedecido prontamente por los que sí tenían cargos oficiales.

—Antes de que llegara usted, míster Patricio, le estaba proponiendo al comandante que lleváramos al guerrillero a su última situación.

—¿Y si muere? —preguntó el comandante.

Míster Patricio dio una rápida respuesta:

—Nadie va a preguntar, pero escriban en el libro de registro que

ha muerto de hepatitis. En otra ocasión pongan disentería, por aquí hace calor y esa clase de muertes no son raras.

—Está bien.

Descolgó el teléfono, hizo una llamada en tono enérgico y luego invitó a sus visitantes:

—Vengan conmigo, si no habla ahora, no hablará nunca.

Salieron del barracón de la comandancia. En un lugar se abrió una trampilla y apareció una escalera descendente por la que salieron unos hombres armados.

Todos eran negros, aunque algunos de los prisioneros encerrados en las mazmorras subterráneas eran blancos que, para el mundo, habían desaparecido en la selva sin que se hubiera vuelto a saber de ellos. Pero estaban allí encerrados y quizá ya nunca verían la luz del día, una luz que, en aquel país africano, de tan fuerte cegaba.

Entre los cancerberos armados iba un hombre encadenado. Vestía sólo un pantalón corto, ajado y sucio.

En su cuerpo había cicatrices de torturas, muchas de ellas todavía abiertas, sangrantes y purulentas. La piel se le pegaba a los huesos y se tambaleaba al andar. Era difícil calcular las palizas que aquel hombre debía haber recibido.

Ante la intensa luz del sol, cerró los ojos. Tanta luminosidad le causó profundo dolor; fue como una tortura más.

A empujones y patadas lo llevaron a un extremo del recinto que encerraba la empalizada y que semejaba un burdo muro; sin embargo, tras ella estaba una de las cárceles más duras que el ser humano había construido jamás para sus semejantes.

Tras unos árboles y matorrales, aparecieron unas vigas clavadas en el suelo, en posición vertical.

El prisionero, nada más verlas, se sobrecogió. Se detuvo, dando un paso hacia atrás, pero le empujaron a punta de bayoneta.

Había cuatro vigas clavadas en la tierra y en tres de ellas había restos humanos. En una quedaba un esqueleto limpio y calcinado; los otros dos cuerpos eran irreconocibles. Eran despojos humanos recubiertos por una costra negruzca y cambiante, algo vivo pululando sobre algo muerto, millares y millares de hormigas.

A unos cuantos pasos de distancia, el suelo semejaba bullir; era la salida de un hormiguero gigante, al que todos temían como a la peor de las torturas.

A aquellos temibles y abundantísimos insectos no les faltaba alimento en la prisión Underground, por ello no devoraban demasiado aprisa a sus víctimas, lo que hacía que la terrible tortura que tenía como consecuencia la muerte, se prolongara pavorosamente para el condenado.

—¡Asesinos, libertad para Zatandia, libertad para Zatandia! —

comenzó a gritar de forma monótona, mientras era encadenado a la viga de hierro que quedaba libre.

El mayor Job Tesang rezongó:

—Te darás cuenta del tiempo que te queda de vivir en una horrible tortura. Si eres listo, hablarás y dirás dónde se encuentran tus compinches de guerrilla. Te interesa hablar, aquí nadie va a salvarte. Fíjate lo que queda de los otros que han sido traídos antes que tú...

—¡Jamás hablaré, viva Zatandia libre!

—Estás loco, ya somos libres; a los blancos colonialistas ya los echamos fuera —le dijo el mayor Job Tesang. Se volvió hacia el comandante de la prisión y exigió—: Ponga un centinela aquí para cuando se decida a hablar.

—Sí, cuando se vea apurado por las hormigas puede que suelte la lengua. Nadie vendrá a salvarle y él lo sabe.

El prisionero sintió algo en su pie. Una hormiga se había encaramado a su pie desnudo, comenzando a explorar a su víctima.

Sacudió brazos y piernas pero todo fue inútil, estaba encadenado a la viga clavada verticalmente en el suelo.

—Vamos, tiene tiempo para pensar lo que más le conviene. Cuando las hormigas se le introduzcan por las orejas, la boca, la nariz y le vacíen los ojos, ya será tarde para arrepentirse de su estupidez —comentó míster Patricio. En el fondo era un sádico, aunque paradójicamente le desagradaba contemplar según qué espectáculos.

Se alejaron caminando tranquilamente hacia la explanada principal de la prisión. Allí se elevaba un alto mástil en el que ondeaba la bandera nacional.

Un oficial fue corriendo hacia ellos. Habló en voz baja con el comandante y éste asintió con la cabeza. Luego, el oficial se alejó y el comandante se volvió hacia míster Patricio.

—Parece que Charles Hoover ha venido hasta aquí para verle a usted, míster Patricio.

—Ese condenado es muy osado, ¿qué querrá ahora?

—Es uno de los pocos blancos que, al quedarse en la nueva nación que es ahora Zatandia, sabe lo que debe hacer para no entorpecer nuestra labor de gobierno.

—Eso es exacto, señor Tesang, muy exacto. Hoover va a sus negocios, no le interesa la política, y los negocios bien llevados pueden rendir grandes beneficios.

Dentro de la prisión entró un jeep modelo «Cherokee Chief», con rejillas abatibles para las ventanillas. Arrastraba un remolque cubierto con toldo de lona.

Conducía el mismísimo Charles Hoover, un hombre rubio, anglosajón, alto, de rostro endurecido y cínico, con diversas cicatrices. Incluso, un lado de su cara estaba como paralizado y se debía a las

secuelas de antiguas quemaduras recibidas, huellas de una vida violenta.

Hizo girar los vehículos hasta situarse cerca de los tres hombres importantes de aquel país que, si bien ya era independiente, aún no se había podido encontrar a sí mismo.

Charles Hoover saltó al suelo. Tras él, por diferentes puertas, descendieron otros cuatro hombres. Eran asiáticos y vestían pantalones y cazadoras estampadas con manchas oscuras de camuflaje sobre fondo caqui en diversos tonos. Aparentemente, los cuatro orientales no iban armados.

—¿Cómo se le ha ocurrido la peregrina idea de venir hasta aquí, Hoover? —le preguntó míster Patricio.

—Es que le he traído algo digno de la categoría de usted, míster Patricio.

—¿Digno de mí, como qué?

Hoover señaló a dos de los asiáticos, ordenándoles:

—Sacadlo. Estoy seguro de que a míster Patricio le gustará lo que le he preparado.

Abrieron la parte posterior del remolque enganchado al potentísimo *jeep* y descendieron unas vigas que hacían las veces de rampa.

Uno de los orientales subió y, al poco, se oía el suave ronquido de un motor de automóvil.

Por la rampa apareció un brillante e impecable «Mercedes-Benz», equipado con ocho cilindros en V y con una potencia de 250 caballos y 6.332 centímetros cúbicos.

El lujoso automóvil de color azul oscuro maniobró suavemente hasta detenerse junto a míster Patricio. Este pasó su mano por la carrocería del vehículo como acariciándolo.

—Magnífico ejemplar…

—Lo he reservado para usted, míster Patricio.

—¿Para mí? Vale mucho dinero y todos sabemos que en el mercado internacional sólo nos aceptan los pagos en dólares, libras esterlinas o francos. Nuestra moneda nacional no es aceptada en el cambio internacional y andamos muy mal de divisas, porque, pese a pagar con materias primas, tenemos déficit en la balanza de pagos debido a las importaciones que se realizan en sistema de trueques, aunque teóricamente se efectúan en dólares, no vemos un dólar limpio por parte alguna.

—El automóvil es suyo, míster Patricio —dijo Hoover, sonriendo con el medio rostro que no tenía paralizado.

Míster Patricio achicó los ojos y sonrió a su vez. Miró al mayor Job Tesang y al comandante de la prisión y preguntó:

—Sería absurdo despreciar un obsequio tan delicado como éste,

¿no creen?

Los dos hombres de uniforme se limitaron a asentir, sonriendo; sin embargo, ambos lanzaron sedas miradas de codicia al lujoso automóvil que Charles Hoover regalaba.

—Va usted muy protegido, Hoover —comentó el jefe del SAP, señalando con un gesto a los cuatro asiáticos.

—Son tailandeses. Hablan nuestro idioma lo justo para entenderse, pero son auténticos maestros en las artes marciales orientales, con una gran ventaja sobre muchos japoneses.

—¿Ventaja, cuál, si puedo saberla? —inquirió el mayor Job Tesang.

—Pues, que están habituados al calor. Parece una tontería, pero no lo es. Un hombre que deba realizar un esfuerzo físico importante, que incluso le vaya la vida en ello, si no está acostumbrado a altas temperaturas y humedades, se ahoga y se debilita prontamente. En cambio, creo que estos tailandeses podrían desenvolverse con normalidad en medio de un lago hirviendo por la lava de un volcán. Para un país como éste son los sujetos ideales, si uno necesita escolta.

—Bueno, pero ya sabe que los blancos tienen prohibido utilizar armas de fuego.

—Yo no llevo armas de fuego y mis hombres tampoco, es decir, salvo las imprescindibles para cazar, como cualquiera. No se me olvida que el gobierno de color que rige Zatandia no quiere que el hombre blanco se imponga por las armas.

—¿Y por qué no utiliza guardaespaldas negros? —inquirió el comandante de la prisión—. Estarían más adaptados a este clima.

—Prefiero a los orientales, sin desmerecer a los negros. Ellos no sienten aquí ningún nacionalismo, y tampoco tienen prevenciones contra el hombre blanco.

—Es usted muy cuidadoso al elegir a sus servidores, Hoover, pero ¿de veras quiere hacernos creer que sus tailandeses son tan buenos?

—Señale a cualquiera de ellos y enfréntelo a un hombre que no le importe que muera ahora mismo, porque con estos tailandeses no se juega. Ellos no hacen competiciones de circo, ellos luchan a muerte.

—¿Qué le parece, comandante? —preguntó el mayor Job Tesang al jefe de la terrible prisión Underground.

—Pues, tenemos a varios prisioneros que no constan en ningún registro. Si desaparecen, no ocurre nada. Aquí no se pueden acercar los periodistas internacionales a meter sus narices y los objetivos de sus cámaras filmadoras, para acusarnos delante de todo el mundo de que no respetamos los derechos humanos y que somos unos salvajes.

—Entonces, pruebe con uno de esos hombres; será un espectáculo que les sorprenderá —propuso Hoover—. Cualquiera de

estos tailandeses que trabajan para mí, y que han sido escogidos meticulosamente, son superhombres, luchando sin armas y con ellas. Les aseguro que un ejército de hombres como éstos podría ocupar cualquier país en poco tiempo y sin necesidad de bombas.

El comandante de la prisión Underground sacó un silbato del bolsillo superior de su guerrera de mangas cortas. Lo hizo sonar de una forma especial que significaba una orden y no tardó en correr hacia él un sargento.

Al poco, el sargento recibía una orden y se alejaba de nuevo a la carrera.

Mientras contemplaban el lujoso automóvil, no tardó en aparecer un pelotón de cancerberos fuertemente armado. En medio de ellos iba un negro de elevada estatura. Se veía fornido y miraba en derredor con arrogancia y casi con desprecio. Tenía el aire del hijo de un príncipe de tribu con tradiciones milenarias.

—Les han sacado un ejemplar extraordinario —comentó míster Patricio, el hombre de manos pequeñas, gruesas y ordinariamente sudorosas, un hombre que no se comprometía con ningún uniforme o bandera y que, sin embargo, movía más hilos que nadie en Zatandia.

—Ese negro le lleva toda la cabeza, por lo menos, a cualquiera de mis tailandeses —observó Charles Hoover.

—¿Se retracta de lo que ha dicho? —preguntó el mayor Tesang con una sonrisa de suficiencia. En el fondo deseaba que triunfara un representante de la raza negra, aunque fuera poniendo en peligro la vida de un negro contrario a la corrupción, al soborno y a la demagogia que reinaba en el país.

—No me retracto. Escoja a cualquiera de mis hombres y dígale al negro que, si le mata, quedará libre.

—Eso es imposible, de aquí no sale nadie vivo —puntualizó el comandante de Underground.

—No tema, no va a salir vivo.

El comandante de la prisión se volvió hacia el prisionero encadenado y dijo:

—Vas a tener el honor de luchar por tu vida. Nadie te impedirá que mates a tu adversario, y si lo consigues serás libre.

El prisionero no respondió; no se fiaba, sabía bien en qué prisión se hallaba.

El mayor Job Tesang señaló a uno de los tailandeses y éste, que había comprendido bien lo que se trataba de poner a prueba, se adelantó y pidió:

—Que le quiten las cadenas.

El negro miró fijamente a aquel oriental al que no había visto jamás; no acababa de comprender que se dispusiera a matar por una simple demostración. Lo suyo era diferente. El luchaba por un país

libre. Si antes habían estado sojuzgados por los blancos, ahora lo estaban por los hombres de color que habían accedido al poder por la fuerza, matando y corrompiendo.

Dejaron al gigante negro libre de ataduras y cadenas.

Los vigilantes armados se separaron y el negro y el oriental de ojos pequeños y oblicuos en un rostro que cualquier occidental habría calificado de asesino, de hombre sin piedad, se enfrentaron.

El negro, como pensando que de todas maneras no le iban a dejar escapar de Underground, se quedó quieto y el tailandés tomó la iniciativa.

Se empleó en el karate coreano, pero desprovisto del espíritu de las Artes Marciales, un Tae Kwon Do sin honor, sin Do, pero el asiático conocía muy bien las técnicas de aquel Arte Marcial de *atemis* mortíferos.

Se movió alrededor del gigante negro y le lanzó un *uraken-tsuki* al Miken o cima de la nariz, entre los ojos.

El gigante negro sacudió la cabeza tras el puñetazo de su enemigo, pero no se tambaleó automáticamente.

Disparó sus puños como represalia, pero el tailandés ya se había movido de sitio, apartándose, y los impactos del hombre de color se perdieron en el aire.

Por contra, el tailandés avanzó dos pasos y aplicó un *ushiro-geri* en el plexo solar del gigante negro, que sí se tambaleó esta vez.

El talón, enfundado en una bota con guarniciones de acero, hizo mella en el prisionero que servía como víctima en aquella demostración.

Sin embargo, el tailandés no parecía emplearse a fondo. Era como un gato jugando con un ratón, pese a la diferencia de estatura y peso que existía entre ambos, a favor del negro.

Este rugió queriendo sacar toda su rabia, su opresión, contra el oriental, mas éste se escurría con una facilidad asombrosa y de tal modo que el prisionero cayó varias veces al suelo, empujado por su propia fuerza.

El tailandés sólo tuvo que ayudarle a caer con llaves de piernas.

Al fin, como atendiendo a una señal que le hizo el propio Charles Hoover, el asiático gritó de una forma seca que recordó el rugido de una fiera:

—¡¡Kiai!!

El negro acababa de caer y el tailandés voló por el aire a una altura asombrosa.

Cayó con los dos talones al mismo tiempo sobre el rostro del prisionero y se escuchó un seco y desagradable crujido. La sangre salpicó en torno suyo. Cuando el oriental se apartó de su víctima, el rostro de éste era un amasijo irreconocible.

Los zatandeses, incluyendo al mestizo míster Patricio, quedaron atónitos ante la efectividad del guardaespaldas de Charles Hoover.

—Creo que al mayor Tesang le gustaría tener unos monitores de esta categoría para entrenar a sus hombres de la brigada SAP —carraspeó míster Patricio.

—No es fácil encontrar hombres tan eficientes —repuso Charles Hoover—. Y si vieran lo que son capaces de hacer con un machete de hoja larga, se asombrarían. Me siento bastante seguro viajando con ellos.

—Las armas de fuego son más efectivas —objetó, con algo de desdén, el comandante de la prisión, en cierto modo herido en su honor patrio.

—¿De veras lo cree, comandante?

—Sin lugar a dudas.

—Muy bien, hagamos una prueba.

—¿Una prueba, de qué clase? —inquirió el comandante de Underground, achicando sus ojos con suspicacia.

—Que uno de sus vigilantes armados lleve a uno de mis orientales hasta la puerta de aquel barracón y le haga cruzar el umbral.

—No le veo la gracia —replicó el comandante, despectivo.

—Se lo explicaré mejor. El vigilante va armado, y en este juego a muerte considerará a mi guardaespaldas como un prisionero más. Si trata de escapar, puede dispararle y matarle; si es atacado, puede dispararle también, no habrá ninguna queja por mi parte, pero si mi oriental se carga al guardián, ninguno de ustedes se va a quejar tampoco.

Los zatandeses miraron al negro que yacía en el suelo con el rostro machacado, había quedado totalmente irreconocible; no obstante, el comandante observó:

—¿Quiere decir que uno de sus tailandeses va a querer jugarse el pellejo en una prueba similar?

—¿Cuál de vosotros quiere participar? —inquirió el rubio Hoover, mirando a sus hombres.

Los cuatro avanzaron un paso, asombrando a los zatandeses.

—Tú no, que ya has actuado. Tú, por ejemplo... —señaló a uno de ellos.

A los negros, aquellos orientales les parecían todos iguales, como una gota de agua a otra, sólo que uno de ellos ya tenía las botas manchadas de sangre.

—¡Cabo, venga! —ordenó al cabo del pelotón que había escoltado al negro que acababa de expirar delante de todos. Señaló al oriental y añadió—: Conducirá a este hombre hasta aquel barracón. Si se resiste, si le ataca, dispárele y mátelo. ¿Comprendido?

—Sí, mi comandante —aceptó el cabo, quitando el seguro de la metralleta ligera que colgaba de su hombro can una correa y con el cañón horizontal en actitud de disparo.

Todos miraron a Hoover con ironía; en aquel juego se había arriesgado demasiado. Por el agujero de la metralleta podía salir una rociada de balas en cualquier momento.

El cabo se acercó al oriental y le ordenó:

—Camina.

El tailandés sonrió fríamente y se le quedó mirando, aunque en sus ojos no había nada que se pudiera escrutar. No se movió. El cabo, un tanto desconcertado, miró a su superior y éste le dijo con claridad:

—Si no te obedece, acribíllalo.

El cabo zatandés apuntó al asiático, mas éste se dejó caer al suelo de costado. Apoyándose con la palma de la mano izquierda contra la tierra, elevó su cuerpo en posición horizontal.

Inclinó la cabeza y aplicó un *mae geri* que, por un instante, inmovilizó al negro a causa del agudo dolor.

El golpe seco de pie en los genitales había sido terriblemente certero. Al mismo tiempo,, alzó su mano y desvió el cañón de la metralleta.

Una lluvia de plomo pasó por encima de su cabeza sin rozarle.

El tailandés giró sobre sí mismo tomando su cuerpo como eje, y así llegó hasta el plexo solar del negro con su zurda en *tegatana,* aplicándole la mano como la punta de una espada en un impecable golpe que le abrió una herida en el cuerpo por debajo de la guerrera.

El cabo cayó al suelo disparando al aire.

Todos se pusieron a salvo, ya que el cabo había perdido el dominio de sí mismo y las balas iban locas.

Tenía los ojos abiertos, mas estaba tocado en dos puntos importantes de su cuerpo y el oriental, expertísimo en las Artes Marciales, juntó sus manos teniendo ya a su víctima en el suelo, agotado el cargador de la metralleta.

Tras lanzar su *kiaki,* le aplicó sus dos puños en un golpe seco sobre el pecho, ligeramente a la izquierda del esternón.

Dos costillas se hundieron contra el corazón, que se partió dentro del tórax.

Cuando el tailandés se puso en pie, respiró hondo.

—Creo que no hace falta ninguna demostración más —objetó molesto el comandante de Underground, con las manos a la espalda oprimiéndose unos dedos contra otros, nervioso y humillado.

—Creo, Hoover, que usted y yo tenemos mucho que hablar. Si no como monitores del SAP, sus hombres podrían dar algunas lecciones prácticas a mis profesores de lucha.

—Es posible que lleguemos a un acuerdo, mayor Tesang. La

verdad es que, tanto fabricar armas, ha hecho que olvidemos las enormes posibilidades de ataque y defensa que el propio hombre posee y estos orientales no han descuidado estas técnicas, sino que las han mejorado. En fin, creo que ya es suficiente. Míster Patricio…

—Usted dirá, Hoover.

—¿Qué le parece si le acompaño conduciendo su nuevo automóvil para que vea lo fácil que resulta su conducción?

—¿No regresa usted en su *jeep*?

—No, mis hombres me seguirán.

—De acuerdo.

Subió al poderoso «Mercedes-Benz». Hoover les dio unas órdenes a los tailandeses y éstos subieron al «Cherokee Chief» que llevaba el remolque.

Charles Hoover, antes de ponerse al volante del lujosísimo automóvil que acababa de regalar, se volvió hacia el mayor Tesang y preguntó:

—¿Cómo le gustan a usted los automóviles: de lujo, grandes y de pocas plazas?

El jefe del SAP, sonriendo como a un niño al que están prometiendo un pastel, dijo:

—Me gustan los deportivos.

—No lo olvidaré, mayor Tesang, no lo olvidaré.

El «Mercedes-Benz» arrancó, saliendo de la prisión seguido del potente *jeep* y su remolque.

Pasaron los controles y, ya rodando por la pista forestal, Charles Hoover dijo a míster Patricio:

—Tengo aquí unos permisos de exportación para que usted se encargue de que me los firmen; son para un amigo mío, usted ya sabe que yo sólo soy un intermediario. El importa especialmente automóviles y piezas de recambio, un negocio algo ruinoso en un país como éste, donde no es fácil encontrar la moneda internacional.

—¿Y qué es lo que hay que exportar?

—¡Bah! No tiene importancia, una partida de pieles de vaca rumbo a Italia.

—Comprendo, una partida de pieles «de vaca» que seguramente son pieles finas de leopardo, etcétera.

—Es usted muy perspicaz, míster Patricio.

Ambos rieron y míster Patricio preguntó:

—Si por los conciertos internacionales está prohibida la peletería realizada con esta clase de animales protegidos, ¿cómo se curten y transforman en Italia?

—Eso no es asunto mío. Allí hay quien se encarga de desembarcarlas, curtirlas, confeccionar los abrigos y venderlos internacionalmente. Míster Patricio, usted sabe, tan bien como yo, que

en este perro mundo no hay prohibición alguna que pueda resistir el embate de Don Dólar.

Ambos rieron de nuevo mientras el lujoso automóvil avanzaba por la selva sin el menor tropiezo.

CAPÍTULO III

Esaú Bobono, secretario personal del presidente de la República Independiente de Zatandia, salió a la antesala. Allí, sentado y leyendo una revista que hablaba apologéticamente del propio país, aguardaba un hombre de cabellos lacios y negros.

Bobono era un hombre de color, como todos los que laboraban en la administración oficial. Los blancos sólo podían acceder a propiedades privadas y no oficiales, y ocupar cargos como consejeros no ejecutivos, o en sanidad o en docencia, debido a la escasez de zatandeses suficientemente preparados para tales cometidos.

—Bueno, al fin ha llegado mi turno. Ya estoy enterado de todo lo bueno de Zatandia.

—Lamento comunicarle que míster President no podrá recibirle hoy, está muy ocupado.

—¡Vaya, otro día perdido! —suspiró—. ¿Y mañana?

—No lo sé. Es mejor que deje usted su dirección y, si ha lugar, se le avisará.

—Comprendo que no es fácil entrevistar al presidente de un país, un país con muchos problemas económicos y que no ve la forma de levantar cabeza debido a la corrupción existente en los distintos estrados de la administración pública.

—Lo que acaba de decir podría costarle la cárcel, míster Savage; es una calumnia.

—¡Cuánto me gustaría ver entre rejas a todos los que aseguran ser calumniados!... Lo único que falta son pruebas para que esas supuestas calumnias se conviertan en acusaciones en firme delante de un juez.

—Prefiero no entenderle, míster Savage —respondió el secretario del presidente, un hombre cultivado. Se había educado en una universidad europea y ahora su cabello rizado había dejado de ser negro para convertirse en blanco y profundas arrugas sesgadas bajaban a ambos lados de su boca.

—¿Y por qué no trata de entenderme, en vez de rechazarme? El presidente está ocupado y yo lo acepto, es lógico. Soy un reportero internacional de nacionalidad norteamericana, pero aquí lo primero es lo primero y un presidente tiene mucha tarea. Se ve rodeado de problemas y más problemas; se siente angustiosamente solo en la

cúspide del gobierno, cercado de gente corrompida.

—También hay sujetos sanos, puros.

—Lo admito, pero si esto sigue así, una manzana podrida dentro del cesto hará que los gusanos pasen de una a otra y todas se pudran.

—Míster Savage, no hemos pedido consejo a ningún extranjero. Estamos hartos de los extranjeros que nos colonizaron y hartos de los extranjeros que, supuestamente, nos quieren ayudar ahora. Como dice míster President, hay que temer más a una ayuda maquiavélica que a un bombardeo atómico sobre el país.

—En expresión vulgar, es peor esa ayuda que una pedrada en un ojo. Les comprendo bien y les felicito por mantenerse neutrales, dentro de lo posible. Yo sólo soy un reportero, no vengo a dar consejos, sino a hacer mi tarea. Las soluciones tienen que buscarlas ustedes mismos purgando buena parte de la administración, pero yo en eso, y en otras muchas cosas, no me inmiscuyo. Cada cual con su locura y cada hombre con su país. No me importa su ideología o su credo, sólo hago algunas preguntas y las ofrezco al mundo, y que cada cual opine a su manera, no me decanto ni de un lado ni de otro y usted ya me comprende. Cada nación, por su idiosincrasia, es diferente a las otras, por eso los buenos estadistas nunca copian de otros, pero eso sí, son eclécticos y toman lo mejor de cada uno, adaptándolo a su propio país siempre que encaje en la forma de pensar del pueblo en sí. Por ello les pido que no me miren con reticencia, no me observen a través del microscopio de la suspicacia. No vengo a calumniarles, pero tampoco a hacerles ninguna apología. Yo no hablaré ni bien ni mal, escribiré lo que vea. Si a ustedes les gusta, mucho mejor; si les disgusta, pues a chincharse.

—Es usted un hombre muy franco y que va al grano. Sería un mal político.

—Es posible, pero mi misión en la vida no es decir que lo que es blanco es negro y lo que es negro blanco… ¿Qué le parece si usted y yo charlamos amigablemente? A través de usted podré conocer mucho mejor a míster President.

—Me parece usted un hombre terriblemente sincero, míster Savage. No le voy a ocultar que aquí han venido toda clase de reporteros con las más diversas intenciones y que luego han barrido hacia donde más les ha interesado. Míster President ha sufrido muchos desengaños y decepciones; no es fácil gobernar un país donde el analfabetismo es vergonzosamente elevadísimo, donde la moneda no es aceptada internacionalmente, donde las materias primas están ya comprometidas por pactos político-comerciales que nos imponen los países fuertes, ya que nosotros somos débiles y, a cambio, recibimos productos manufacturados muy caí os que en muchas ocasiones dejan que desear en su calidad o no son los que más falta

nos hacen; lo importante para ellos es que tardemos el máximo en desarrollarnos y no disponemos de moneda limpia internacional para adquirir lo que más interesa a nuestra economía y a nuestra cultura y desarrollo. Estamos con las manos atadas y falsamente protegidos por créditos que no vemos en oro o en dólares,, sino en material. Es muy largo de contar y míster President no encuentra a su alrededor toda la ayuda que necesita para desprenderse de este yugo que es la colonización comercial.

—No son ustedes el único país que se ve protegido de esta forma tan peculiar y yo creo que triunfarán si luchan todos a una, sin peleas intestinas; después de todo, los corrompidos siempre son pocos.

—Pero muy bien colocados, míster Savage, muy bien colocados —se lamentó el secretario.

—Hay noticias de que venden materias primas, al margen de contratos pactados de forma oficial.

—Sí, sabemos que eso ocurre, pero puedo asegurarle que el gobierno no se beneficia lo más mínimo de esas ventas de materias primas ilegales e incluso condenadas por organismos internacionales, cuyos estatutos ha firmado nuestro gobierno.

—¿Y las grandes compañías que tienen los contratos de la compra de materias primas en Zatandia, no se quejan?

—Sí se quejan, pero ¿qué podemos hacer nosotros si hay ladrones?

—Se dice que existe una cárcel llamada Underground en la que se encierra a mucha gente y no precisamente a los ladrones.

—Se comentan muchas cosas y no todas son ciertas. Tratamos de luchar contra la corrupción, tenemos la brigada SAP que es terrible y drástica en su funcionamiento, pero se ve impotente. La nación es muy grande, tiene muchos kilómetros cuadrados y no todos se pueden controlar ni tenemos los medios adecuados. Algunos de nuestros vecinos fronterizos no son todo lo amistosos que sería de desear; en fin, que todo son problemas, míster Savage —comentó apenado, impotente—. Imagínese que hay un bosque de árboles de la más fina madera de ébano, árboles centenarios y muy valiosos; cuando nos damos cuenta, está pelado, no hay nada. La madera fina, de altísimo precio, ha desaparecido. Se piden explicaciones y los responsables, muy convencidos, contestan que la madera ha sido utilizada para hacer unos diques en el río y que una crecida inesperada se lo ha llevado todo hacia el estuario, desapareciendo en el mar.

—¿Y ustedes se lo creen?

—No, y supongo que usted tampoco, pero no hay forma de probar nada. Nuestra legislación, ante tanto problema, es muy pobre y hay muchos que no desean su avance.

—También se dice que desaparecen animales protegidos

internacionalmente.

—Sí, y sus pieles aparecen en Europa, América o cualquier parte donde se puedan pagar sus elevados precios; pero, créame, nuestro gobierno no se ha lucrado lo más mínimo con todos estos atropellos a la naturaleza, a los pactos firmados. Míster President es un hombre honrado y yo creo que, en ocasiones, debería ser más duro, aunque quizá, si lo fuera, le quitarían de su puesto, me temo que habría un golpe de estado —dijo bajando la voz.

—Claro, ahora no lo hay porque cada cual hace lo que le conviene.

—Tristemente, muchos de mis compatriotas que han accedido al poder han aprendido mejor los vicios de los blancos que sus virtudes.

—Entonces, ¿estima que se han independizado demasiado pronto?

El secretario del presidente de Zatandia miró rectamente a los ojos intensamente verdes de Moses Pacific Savage y le respondió con sinceridad:

—No, nunca es demasiado pronto, pero los blancos podían haber ayudado un poco más educando y culturizando a mi pueblo, gracias a su civilización más avanzada. Ayudar no es amaestrar para sus conveniencias. Usted me comprende, ¿verdad?

—Sí, y le acepto la charla que me ha propuesto, teniendo en cuenta que míster President tiene muchos problemas que resolver.

—Tendré sumo gusto en invitarle a cenar, pero considere esta cena como una invitación informal, no es nada oficial. Espero que comprenda que no quiero filmadoras ni grabadoras en mi casa; no es que las tema, se lo digo con sinceridad, pero la paz de mi hogar es algo íntimo, muy particular y familiar, y no deseo que sea violada. ¿De acuerdo, míster Savage?

—De acuerdo.

Le tendió la mano y ambos hombres se dieron un mutuo apretón.

Moses Pacific Savage abandonó el palacio presidencial, antiguo palacio del gobernador cuando Zatandia era una colonia.

En la zona de aparcamiento había varios automóviles, modelos no excesivamente lujosos. Debían ser regalos de empresas multinacionales que adquirían materias primas y en los coches se iba notando el paso del tiempo.

El gobierno, debido a su penuria económica, había impuesto fuertes restricciones a la adquisición de productos manufacturados de lujo y entre ellos se encontraban los automóviles de lujo.

No obstante, había automóviles extranjeros de residentes en el país que, sinceramente, trataban de hacer una labor eficaz de ayuda cultural y social.

Dos coches destacaban en el aparcamiento, en aquel momento: uno era un lujosísimo «Mercedes-Benz» de ocho cilindros en V y dos toneladas y media de peso, lo que daba idea de la fortaleza del vehículo.

El segundo, de apariencia menos lujosa, se veía más resistente. Era un extraño y singular vehículo, ya que según se comentaba, de aquella marca sólo había uno, ya que era un automóvil totalmente artesanal.

No había salido de ninguna cadena de producción, al igual que los vehículos de fórmula 1 más mimados, sólo que aquel coche nada tenía que ver con un fórmula 1 ni por su aspecto ni por su potencia, y tampoco por su peso y otras muchas cosas.

Era el «Daymio» propiedad de Moses Pacific Savage. Tres ejes, seis ruedas con tracción y suspensión independiente en cada una de ellas, siete litros, y algunos artilugios camuflados de forma que sólo se utilizaban cuando la ocasión lo requería.

Al volante del «Daymio», fumando un cigarrillo, aguardaba un hombre de color de mirada despierta y que, a la vez, transpiraba paz y sosiego. Aquel hombre era Dodango.

La segunda fila de asientos del «Daymio» estaba cubierta por una bandeja abatible y ahora colocada plana y llena de naipes con los que estaba jugando Ricky, el gigante japonés de dos metros diez de estatura y ciento ochenta kilos de peso.

Ricky se hallaba cómodamente instalado en su sillón giratorio, colocado en lo que debiera ser el portaequipajes del coche tipo ranchera.

Para salir del auto, Ricky sólo tenía que hacer girar el anatómico sillón que soportaba su pesada humanidad y entonces quedaba encarado con la doble portezuela posterior.

Moses P. Savage subió al coche y Dodango lo puso en marcha.

Para aquel vehículo, que irradiaba fortaleza, no parecía haber obstáculos que le impidieran avanzar. Podía elevarse por suspensión hidroneumática para rebasar baches y piedras, y su poder, repartido en las seis ruedas, le permitía salir de cualquier lugar aunque fuera un barrizal.

Alejándose ya del palacio presidencial, Dodango preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A visitar a Charles Hoover, importador de vehículos de transporte.

—Savage, ¿ese, ese Ho-Ho-Hoover, es de fiar? —preguntó Ricky con su peculiar tartamudeo, levantando algunos de los naipes que tenía delante.

—No, no es de fiar.

—¿Es nuestro objetivo? —preguntó Dodango.

Al abrir la ventanilla, hizo que volaran todos los naipes de Ricky, el cual trató en vano de sujetarlos.

—¡Ci-ci-cierra!

Ya era tarde; todo su juego de solitario había quedado deshecho.

—Es que hace calor —se disculpó Dodango.

—Si... si tie-tiene refrigeración... —puntualizó el japonés, con la dificultad lingüística que le era habitual.

Al norte de la capital. Charles Hoover tenía una extensa área donde se ubicaba su edificio de oficinas, los almacenes y las viviendas del propio Charles Hoover y de algunos de sus colaboradores.

Una carretera particular conducía a un muelle también particular que daba al río, por el que podían navegar barcos de poco calado pero de bastante capacidad.

Zatandia no tenía ferrocarril y, al parecer, la administración se había impuesto la tarea de extender una vasta red de carreteras que en sus tramos principales eran asfaltadas. En el resto, el asfaltado se dejaba para el futuro, aunque se intentaba que éstas quedaran lo suficientemente llanas como para que no se destrozasen los vehículos que desarrollasen una velocidad superior a cuarenta kilómetros hora.

A la entrada del recinto, que tenía una explanada antes de llegar a las edificaciones de tan sólo planta y piso, con un blanco de paredes que cegaba, había un portero uniformado con gorra de plato, camisa de manga corta y pantalón también corto. De su cinto colgaba una pistola, pues como vigilante negro tenía derecho a ello.

El poderoso «Daymio», como si perteneciera a un magnate cualquiera, pasó por delante del vigilante dando tal claxonazo que el portero no osó detenerlo.

El «Daymio» de seis ruedas frenó ante la puerta principal y abrió sus puertas. Por la posterior salió Ricky y por las laterales Moses Pacific Savage y Dodango, el budoka negro educado en el mismísimo Liberty Garden.

Dodango era responsable y estaba consciente de la confianza que le demostraba Savage al pedirle que le acompañara en aquella misión al país africano del que, según explicara el propio Dodango, eran sus ancestros, por lo que el budoka negro podía considerarse oriundo de Zatandia.

—Dodango, quédate aquí. Si quiero algo ya te avisaré por el transmisor.

—De acuerdo.

Ricky caminó como una montaña humana junto a Savage y las puertas automáticas de cristal se abrieron ante su presencia, como algo fuera de lugar en aquel país donde abundaban las chozas; mas el propietario de aquellas instalaciones y almacenes de importación podía permitirse toda clase de lujos.

Dentro de la planta principal de la empresa había un acondicionador de aire industrial con capacidad para todo el edificio, por lo que se consumía una buena cantidad de agua que se tomaba del próximo y caudaloso río Longo.

En una salita de puertas abiertas había varias personas. Tres hombres blancos charlaban entre sí, mientras fumaban. Charles Hoover era quien les proporcionaba los medios de transporte, tractores y aperos agrícolas para sus explotaciones.

También había dos grupos de hombres de color que avanzaban rápidamente como agrícolas madereros o incipientes industriales. Algún que otro zatandés puro, leía alguna revista que no le era fácil adquirir en cualquier puesto de venta de la ciudad.

Las miradas se centraron en los recién llegados, dos desconocidos.

Uno, desde el punto de vista femenino, era rabiosamente atractivo. Alto, de cabello lacio negro y abundante y ojos intensamente verdes. De apariencia delgada, la anchura de sus hombros era considerable.

Sus andares eran elásticos y elegantes; no obstante, resultaban silenciosos y suaves.

Mas las miradas de los reunidos se clavaron especialmente y con sorpresa en la singular figura de Rocky, el gigante japonés de dos metros diez de estatura, ojos minúsculos y una permanente sonrisa en su boca.

Era como un niño de apariencia ingenua, incapaz de hacer daño a nadie, pero convenía pensárselo dos veces antes de quedar al alcance de sus manos.

Subieron por una amplia escalinata, dejando atrás a la recepcionista que les interpeló, molesta;

—¿Adónde van? ¡Deténganse!

Ni la miraron y subieron al piso siguiente.

Allí había una lujosa antesala donde aguardaban dos hombres y dos mujeres. Uno era negro, pero extranjero.

y el otro, blanco. Las dos mujeres eran blanca la una y mulata la otra.

Los ojos verdes de Savage se clavaron precisamente en la euroafricana de elevada estatura y con los rasgos más bellos de cada una de las razas que componían su sangre mezclada. Grandes ojos cálidos y oscuros, piel casi blanca, ligeramente tostada, labios muy sensuales y nariz grecolatina.

Ante la intensa mirada del recién llegado, ella correspondió con una sonrisa, abiertamente, sin rubor.

La blanca se sintió un tanto molesta y frunció el ceño.

Apareció una tercera mujer saliendo de detrás de una amplia

mesa despacho de acero inoxidable y cristal.

—¿Adónde van? —les interpeló.

—Si no tuviera que hablar con Hoover, creo que iría al hotel con usted.

—Vaya, ¿se cree un Casanova que domina a las mujeres con sólo mirarlas? —preguntó escéptica.

—Podría ser, mire mis dedos.

— ¿Sus dedos?

—Sí, primero el índice, luego el corazón, el anular y después el meñique… Mire mis ojos, pero mírelos despacio y sin ponerse nerviosa. Soy su amigo, mire mis ojos…

Alzó los dedos corazón de su zurda y diestra, respectivamente, y los aplicó en los costados del cuello de la joven y alta rubia.

Hizo presión con los dedos, pero no con la firmeza de un *ippon* que podía llegar a matar, sino que la presión la deslizó por el cuello, a ambos lados del mismo.

Los ojos de la rubia se cerraron, mientras aspiraba profundamente, como si le faltara aire, mucho aire. Sintió como su cerebro se algodonaba.

—Tienes sueño, mucho sueño. Ve al sofá y descansa; dentro de una hora despertarás completamente relajada.

Todos los que allí aguardaban y que habían permanecido en silencio, no daban crédito a lo que veían, mas ninguno se atrevió a intervenir, pues la figura de Ricky impresionaba a, cualquiera.

La bella secretaria, como un autómata, caminó hacia el sofá. Se tumbó en él y quedó profundamente dormida.

—Vamos, Ricky —pidió Savage.

Moses Pacific Savage empujó la puerta del despacho privado de Charles Hoover, mas primero se encontraron en una pequeña estancia donde había dos tailandeses que se quedaron mirando con fijeza a los recién llegados.

La antesala, pequeña y hexagonal, tenía tres puertas y los otros tres lados del hexágono eran espejos. Resultaba difícil determinar, sin saberlo de antemano, cuál era la puerta que conducía al despacho de Hoover.

—La secretaria está durmiendo en el sofá, no debe encontrarle muy bien —dijo Savage—. Hoover nos espera.

Los dos tailandeses se miraron entre sí. Mientras uno de ellos hablaba en voz alta, pulsó un resorte de una butaca; trató de hacerlo con disimulo, pero el detalle no escapó a la mirada inquisitiva de M. P. Savage.

—¿El señor Hoover les espera a ustedes? ¿Tienen cita? —inquirió, con cierta dificultad idiomática, aunque no tanta como era habitual en el japonés Ricky.

—Seguro que le interesa hablar conmigo.

—¿Y quién es usted?

—Moses Pacific Savage. He venido a Zatandia a hacer una entrevista con míster President y como Charles Hoover es un hombre importante aquí, en el mundo de la importación, vengo a visitarle.

El techo de la antesala hexagonal se tornó verdoso y Savage tuvo la sensación de que la antesala se movía, aunque lo hizo de forma tan suave que a otro cualquiera podía haberle resultado imperceptible.

Los tailandeses permanecían vigilantes, aunque no parecían agresivos; sin embargo, Savage sabía mejor, que muchos que nadie se podía fiar del rostro impasible de un oriental, ya que era muy difícil descubrir en ellos sus sentimientos o predisposiciones.

Podían sonreír cortésmente y dar la vida por uno, o todo lo contrario, hundirle un palmo de acero en el estómago.

—El no es necesario que pase a ver a míster Hoover —dijo uno de los guardaespaldas, señalando a Ricky.

—El se llama Ricky y me acompaña.

Savage habló de forma tan tajante que hizo que los dos tailandeses se pusieran en pie lentamente. Ellos, por sus técnicas orientales de lucha, no se asustaban ante el gigantismo de un hombre.

Conocían los puntos débiles del ser humano y éstos eran los mismos para un hombre pequeño que para un gigante de ciento ochenta kilos como Ricky; lo que ignoraban todavía era que Ricky conocía las técnicas de lucha del Sumo y el boxeo tailandés. Dentro de su corpulencia, poseía una capacidad de movimientos y una ligereza que no se le suponía tras dedicarle una simple ojeada. Era engañosamente lento.

—Que pase sólo M. P. Savage —dijo una voz que salió de varios lugares de la salita hexagonal con tres puertas y otros tantos espejos. Debía haber varios altavoces disimulados que expandían la voz, impidiendo determinar a cualquier oído humano de dónde, procedía.

—Que se abra la puerta. Ya está bien de esperar, ¿no? —preguntó Savage.

Uno de los tailandeses se acercó a una de las puertas, sin ninguna señal visible.

Al abrirla, quedó visible un amplio despacho luminoso, con grandes ventanales cubiertos por cortinas.

—La puerta se queda abierta y tú te quedas también ahí, junto a Ricky —ordenó Savage al tailandés.

—A mí usted no me manda nada.

—Haz caso de lo que dice —ordenó el propio Charles Hoover, acercándose caminando sobre un suelo tapizado con piel de cebra en su totalidad.

Savage vio que Charles Hoover le tendía la mano y se abstuvo de estrecharla. El lado paralizado del rostro de Hoover semejó hacerse más maligno.

—Ricky, aguarda aquí y tranquilo.

Hoover carraspeó:

—Sandra, mi secretaria, no me ha advertido de que usted quisiera verme y no recuerdo haberle citado...

—Los reporteros internacionales no tenemos tiempo para concertar citas.

—Entiendo que ha venido a entrevistar a míster President.

—Así es.

—¿Y lo ha conseguido?

—Todavía no.

—Es un hombre amado por su pueblo.

—Sí, imagino que por eso continúa en la Presidencia.

—¿Cree que si no fuera casi venerado por sus súbditos, le sacarían de la Presidencia?

—Sí, pero no le sacaría el pueblo, sino quienes le mantienen ahora en el cargo.

—¿Es usted un reportero político?

—No, no lo soy.

—Eso tenía entendido; creo haber leído algunos reportajes firmados por M. P. Savage, reportajes de escándalo. ¿A qué ha venido entonces a Zatandia, si no le interesa la política?

—Pues, creo que existe un vasto plan para hacer carreteras...

—Eso es bueno.

—Sí, pero no tanto cuando esas carreteras sólo van a usarlas unos pocos privilegiados circulando en sus automóviles de lujo, automóviles que usted importa, Hoover.

—Es cierto, pero no crea que tantos. Zatandia no tiene fondos en divisas con qué pagar y los coches de lujo se cobran en moneda internacional fuerte o en oro.

—No me engaña, Hoover. Estoy siguiendo una pista que sé que es cierta y esa pista me conduce directamente a usted. Usted es una manzana podrida aquí en Zatandia, una manzana agusanada que corrompe a otras.

—Me parece una solemne tontería lo que ha dicho, Savage. Siempre que haya carreteras, por otra parte imprescindibles para cualquier país que quiera desarrollarse, habrá coches lujosos.

—No le voy a engañar, Hoover, pongamos las cartas sobre la mesa desde un principio.

—¿Y qué cartas son ésas?

Savage metió la mano en el bolsillo de su chaqueta deportiva blanca y sacó unas fotografías de reporteros de prensa, de tamaño

grande y papel brillante.

—Mírelas una por una.

Hoover las tomó, observándolas detenidamente.

—Veo automóviles destrozados.

—¿No ve en ellos restos humanos?

—Pues, ahora que lo dice, sí, aquí asoma un brazo y parte de una cabeza...

—Son muchachos, algunos de color, otros portorriqueños... En fin, pertenecen a distintas bandas juveniles que se dedicaban a robar coches.

—Algo desagradable, pero frecuente en los países económicamente ricos. ¿Dónde ha tomado las fotografías, en Norteamérica?

—Sí, son de Nueva York, Chicago, Los Ángeles, de varios lugares. En muchas ocasiones los muchachos han conseguido robar el coche elegido y desaparecer; en otras no han tenido la misma suerte y perseguidos por la policía han chocado con sus vehículos, muriendo en sus endiabladas fugas. Esas fotografías pertenecen a algunos de esos casos; otros han sido más desgraciados, ha habido tiroteo y los chicos han muerto a balazos. También tengo informes de que en esos altercados han muerto dos policías y lio importa el país o la raza a la que pertenecieran, simplemente eran defensores de la ley. Perseguían a unos ladrones de automóviles y tuvieron que replicar a los disparos hechos por chicos inconscientes que se proveen de armas de fuego creyendo que es muy divertido usarlas.

—Sí, todo muy penoso y terriblemente cotidiano; no creo que ningún periódico le pague más de diez dólares americanos por un reportaje de esa índole. Los coches se roban en todas partes.

—Estos casos, Hoover, no son tan vulgares como parece.

—¿Por qué no, si puedo saberlo?

—Los automóviles robados eran todos de procedencia alemana: «Mercedes-Benz», lujosos «Volkswagen» e incluso «Ford».

—El «Ford» se fabrica en Estados Unidos —le corrigió Hoover prestamente.

—Y en muchos otros países —puntualizó Savage—. Y da la casualidad de que todo el material que usted importa es germánico; me refiero a piezas de recambio automóviles y transportes en general.

—Sigo sin entenderle. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Esas bandas juveniles robaban automóviles previamente escogidos, utilizando llavines facilitados por alguien que conoce los automóviles a robar. Con unas clases prácticas de dos o tres horas, esos muchachos resultaban expertos para robar determinados coches por los que les pagan quinientos dólares limpios y se sacan el auto de encima, a las pocas horas, sin problemas. Hay bandas que, en una sola

tarde, se han sacado mil dólares y para esos chicos es mucho dinero, teniendo en cuenta que no queda ni huella del delito, ya que el botín desaparece rápidamente.

—No sé por qué me cuenta todo eso; si ha venido a verme sólo para hablarme de bandas juveniles que se dedican a robar coches, pierde el tiempo; no es mi problema. Aquí, en Zatandia, no existen esas bandas juveniles; a lo sumo, cuando la emprenden con algún coche, es para quemarlo.

—La policía ha llegado a la conclusión de que existen bandas internacionales dedicadas al tráfico clandestino de autos robados.

—Eso lo ha visto en alguna película de acción americana, ¿verdad?

—No. He de admitir que no sólo existe una banda internacional que trafica con coches robados, hay más de una; pero yo estoy interesado por una especial que se dedica, en Estados Unidos, a robar coches de procedencia alemana o que puedan funcionar con recambios facilitados por la industria germana.

—¿Y por qué está empeñado en esa banda en particular? —preguntó Hoover no exento de cinismo, sintiéndose muy seguro en su feudo.

—Muy sencillo. Busco a los culpables que fomentan las bandas juveniles; al que ofrece dinero fácil a esos chicos para que roben determinados coches. Busco al que corrompe a muchachos que deberían estar estudiando o trabajando en una profesión que les convirtiera en ciudadanos dignos; en cambio, ese dinero fácil, ganado de una forma que a los chicos las parece muy fácil y hasta divertida, les corrompe, les inicia en el camino de la delincuencia. Son futuros forajidos que, posiblemente, asesinarán a personas inocentes.

—Es problema de la policía de cada país resolver el caso de sus delincuentes, de sus forajidos, ¿no cree?

—Sí, y yo no me inmiscuyo en su jurisdicción; únicamente ando buscando a alguien lo suficientemente astuto como para quedar lejos del alcance de las leyes de los países afectados y que es el responsable de la corrupción de esos menores. Un forajido es un tipo despreciable, pero quien fomenta que otros se conviertan en forajidos, es doblemente despreciable y yo le considero culpable de la muerte de esos chicos que, robando automóviles, se han estrellado o despeñado.

Charles Hoover ya no reía; se había puesto serio, ceñudo en la parte de su rostro que no estaba paralizada como una máscara.

—Creo que ya le he escuchado suficiente, Savage. Si publica una sola línea de esas calumnias, porque supongo que me está culpando de algo, lo va a pasar muy mal.

—He oído que en algún lugar oculto de la costa atlántica norteamericana, un barco ha sido fletado con cargamento de

automóviles robados. Es posible que en el propio buque trabajen especialistas en automóviles que, por un salario alto, se dediquen a fresar los números de los motores, colocando numeraciones falsas en su lugar, den un ligero repintado a las carrocerías o retapicen lo que haga falta. De este modo, por dos o tres mil dólares de gasto total, incluido el pago a las bandas juveniles, se tienen listos para entregar, con apariencia de nuevos aunque en realidad no lo sean, automóviles que valen alrededor de cincuenta mil dólares a precio internacional. La diferencia es muy considerable, ¿no le parece, Hoover?

—Supongo que existirán organizaciones internacionales como ésa de la que habla, y si es tal como dice, puede que sí les resulte rentable robar coches en países ricos para luego venderlos en países tercermundistas.

—Sí, donde se supone que no hay dinero, pero donde unos cuantos privilegiados sí pueden comprar o se les pueden regalar... Hoover, ¿usted es de los que tienen automóviles de regalo y de pago para los zatandeses?

—Mis libros están en regla y no tengo que darle cuentas a usted, un reportero con fama de chantajista.

—Hoover, esto no es un juego. He llegado a la conclusión de que hay un responsable de que esas bandas juveniles roben coches de determinadas marcas, vehículos que desaparecen como tragados por la tierra y que las autoridades de Estados Unidos se ven impotentes para recuperar. Ya le he dicho que no busco automóviles robados por capricho o porque alguna compañía aseguradora me ofrezca una recompensa. Busco al hombre que corrompe a unos muchachos ofreciéndoles un dinero aparentemente fácil y que en muchos casos su oferta les cuesta la vida. Tengo que escupir a la cara de ese indeseable, porque sobre su conciencia, si es que la tiene, hay un considerable número de chicos muertos y también de policías. Un negocio de esa índole es de lo más repugnante que puede existir. El mundo entero se lamenta de las bandas juveniles y, muchas veces, se olvida de los tipos sin escrúpulos que no tienen nada de chiquillos y que son los que las manejan astutamente. Quédese con esas fotos, Hoover, tengo más copias. El día que haga mi reportaje sobre ese hombre al que deseo escupirle a la cara, publicaré también esas fotos, así el reportaje quedará más completo.

Le arrojó las fotografías de los automóviles destrozados, con los restos de los chicos muertos en aquellos brutales accidentes huyendo de la policía tras ser sorprendidos en un robo.

Savage le dio la espalda y regresó junto a Ricky.

Los tailandeses estaban tensos, pero no se atrevieron a decir ni hacer nada, ya que su patrón nada ordenaba. Había quedado muy quieto, pero con hielo en sus pupilas, y en aquellos momentos hasta

resultaba difícil determinar cuál de los lados de su rostro era el paralizado.

Por el suelo quedaron las fotografías, esparcidas sobre la valiosísima alfombra confeccionada a base de pieles de cebra que no eran, precisamente, de imitación.

La puerta del despacho se cerró. Savage aguardó y volvió a tener la sensación de que toda la salita hexagonal se movía. Al fin, se abrió una puerta automáticamente y por ella salieron al antedespacho, espacioso y funcional.

Sandra, la secretaría, seguía durmiendo apaciblemente en el sofá.

Los dos hombres y las dos mujeres que aguardaban sentados en sus respectivas butacas, les observaban en silencio, sin comentarios. A la secretaria que yacía en el sofá, aparte de dormir, no parecía sucederle nada malo.

Savage miró a la mujer blanca y luego a la mulata de espléndida y sugestiva belleza. Por último, se acercó al sofá. Se arrodilló junto a Sandra y se inclinó sobre su oreja, diciéndole algo que sonó como un cuchicheo.

La rubia sonrió, desperezándose como si notara unas suaves cosquillas en su cuerpo.

Moses P. Savage se levantó y acompañado de Ricky se alejó cuando Sandra se incorporaba en el sofá, bostezando y sonriendo, como si despertara del más agradable de los sueños.

CAPÍTULO IV

A aquel restaurante internacional acudían gentes de diversas razas, sin complicaciones ni segregaciones absurdas, viajeros de paso o residentes que deseaban comer en un local de calidad adonde se podían llevar invitados y quedar perfectamente.

El *maître* escribía pensando que jamás había anotado un menú tan extenso para un solo comensal como el que estaba pidiendo el japonés Ricky, al que habían tenido que traer una butaca reforzada y dos litros de agua mineral, ya que el gigante no probaba el alcohol.

Se había habituado a una dieta estricta desde que comenzara a destacar en el arte del Sumo, al que muchos llamaban deporte nacional del Japón.

Ricky gozaba siempre de un excelente apetito y comensales de otras mesas le miraban con más o menos disimulo, viendo los enormes platos de verduras frescas, sazonadas con limón, y las carnes que tomaba. Nada artificial y todo muy cuidado, aunque pareciera lo contrario.

Dodango y Moses Pacific Savage estaban acostumbrados a ver comer a Ricky y no le daban ya importancia a la cantidad ingente de comida que devoraba para que su enorme humanidad pudiera seguir funcionando.

—¿Qué piensas que hará Charles Hoover? —preguntó Dodango, abiertamente.

Savage le respondió con sinceridad. Siempre confiaba plenamente en sus compañeros, que en esta ocasión eran Ricky y Dodango. Era la primera misión de este último junto a Savage y también podía ser que fuera la última.

El sagaz, pequeño, ágil e inteligente portorriqueño Juanito Chancleta, habitual compañero de Savage, no se hallaba en Zatandia. Savage había planeado aquella misión de otra forma.

Savage prefería operar con pocos compañeros para evitar dispersiones y posibles bajas; siempre podía ocurrir lo peor al atacar de frente, como en aquella ocasión, a poderosos mafiosos internacionales.

—Charles Hoover se moverá, estoy seguro de que hará algo.

—¿Como qué? —inquirió Ricky, con una fluidez sorprendente tras engullir un buen pedazo de *entrecote* de ternera.

—No sabemos cómo va a operar aquí y estamos en su terreno.

Además, como en su negocio lo mismo vende automóviles y transportes que regala vehículos de lujo a personas que le interesan, obtiene su favor para lo que sea. De este modo consigue permisos para exportaciones ilegales que luego vende a otros traficantes internacionales. Hoover se ha colocado en un privilegiado puesto de intermediario. Corrompe y soborna en torno suyo y a todos los niveles. Tiene permisos de importación, pero hace entrar en Zatandia mucho más de lo que se estipula en esos permisos y saca materias primas finas y valiosas a nombre de otras compañías, sin ningún problema.

—Es un hombre casi invulnerable.

A la apreciación de Dodango, Moses P. Savage respondió:

—Todos los hombres tienen un punto débil, un talón de Aquiles. En ocasiones no es nada fácil averiguar cuál es ese punto débil y hay que embestir contra ellos con seguridad aplastante, demostrándoles que no se les tiene miedo y que se va directo a destruirlos. Entonces, pueden tener su miedo y toman medidas, digamos preventivas.

—Lo que quiere decir que nos hemos convertido en una especie de cebo —opinó Dodango.

—Hoover sabe que somos sus enemigos mortales. Se da cuenta de que si ventilamos al mundo lo que hace, va a tener problemas. Oficialmente le retirarán la licencia de importación de Zatandia. Alemania le quitará, a su vez, los permisos de exportación y su negocio de vehículos robados caería en picado. Incluso, una vez descubiertos sus enlaces en Estados Unidos, otros países le dejarían solo, que es lo que pretendemos al actuar aquí.

—Entonces, ¿la cabeza de toda esta corrupción se llama Hoover? —preguntó Dodango, muy interesado en todos aquellos problemas, pues comenzaba a sentir Zatandia como algo suyo.

—Sí. Si cae Hoover, habremos asestado un golpe mortal a la corrupción en este país, pero especialmente habremos eliminado esa organización corruptora de menores que favorece el robo de automóviles. Habremos acabado con esos indeseables que, con el señuelo de un dinero supuestamente fácil y que suele terminar manchado de sangre, consiguen que chicos que podrían ser futuros ciudadanos se conviertan en delincuentes habituales. Una de las peores lacras de este podrido mundo es la corrupción de menores. Nuestro Liberty Garden es todo lo contrario de lo que hace Charles Hoover; él crea forajidos y nosotros hombres de bien, de justicia; budokas que saben comportarse como tales y que con limpieza de mente y de cuerpo pueden ayudar a quien lo necesite.

Mientras comía, Ricky asentía con la cabeza. Los tres luchaban por una causa justa, tan difícil como arriesgada.

Charles Hoover se encontraba en Zatandia como pez en el agua; había sabido escapar de las represalias contra los blancos en el momento de la independencia de la nación africana y luego, cuando los ánimos ya se habían apaciguado y el gobierno negro dominaba perfectamente la situación con medidas bastante duras, Hoover había sabido corromper en torno suyo.

Su posición se había consolidado y era ya un hombre mimado por los que querían obtener objetos de consumo de lujo que el país no podía pagar gracias a su déficit en el comercio internacional.

De pronto, la armonía del confortable restaurante, quedó rota por furiosas detonaciones. No eran disparos de simples pistolas, sino tableteos de metralleta.

Varios cristales saltaron en añicos y los techos quedaron agujereados por las balas.

En la puerta del restaurante aparecieron dos hombres de color que llevaban las cabezas enfundadas en medias, para no ser reconocidos. Si para un blanco un negro podía parecerse demasiado a otro, hasta el punto de no lograr reconocerle posteriormente, no le ocurría lo mismo a otro negro que le viera el rostro destapado.

Por el fondo que daba a una gran terraza salieron otros dos hombres armados y, por la cocina, empujando por delante a los cocineros, pinches y camareros, brotaron dos hombres más, armados con metralletas e igualmente con las cabezas cubiertas por medias femeninas que desdibujaban sus facciones.

—¡Que nadie se mueva o será acribillado! —advirtió el que parecía jefe del grupo terrorista y que era uno de los que se hallaban ante la puerta de entrada.

Varias mujeres chillaron asustadas y una se desmayó.

Un hombre de negocios, de mejillas abultadas y rojizas, se llevó la mano al pecho, sobre el esternón, y cayó hacia adelante víctima de un colapso cardíaco. Una de las balas había hecho saltar la botella de Oporto que tenía en su mesa.

—¡No nos maten, no nos maten! —chilló una mujer.

—¡Silencio! —rugió el jefe de los terroristas—. ¡Sólo queremos libertad para Zatandia y para luchar necesitamos dinero, pero no somos ladrones! ¡No vamos a robarles como si fuésemos forajidos, nos llevaremos a varios rehenes, nada más, de modo que a callar todos y nadie saldrá perjudicado!

Los dos sujetos que habían aparecido por la terraza se enfrentaron con sus metralletas, a punto de vomitar rociadas de plomo, con Ricky, Dodango y M. P. Savage.

—¡Vosotros, en pie!

De pronto, estúpidamente, se volcó una bandeja que estaba llena de platos.

Se produjo un gran estrépito y tres empleados de la cocina, asustados, echaron a correr. Las balas cortaron su carrera.

Las metralletas tabletearon de nuevo y las espaldas de los que recibieron los impactos enrojecieron rápidamente. Sus ropas blancas de trabajo de cocina quedaron agujereadas y rojas, y ellos tendidos boca abajo para no volverse a mover jamás.

—¡Que nadie se mueva o habrá más muertos! —advirtió de nuevo el jefe de la banda de enmascarados.

Cuatro metralletas apuntaban ya a Ricky, Dodango y M. P. Savage.

—¡Arriba, vosotros serviréis como rehenes! ¡Vamos, aprisa!

Los tres amenazados se pusieron en pie con las manos en alto.

Una mirada de Savage bastó para que Ricky y Dodango le comprendieran. No había que luchar dentro del restaurante; se corría el riesgo de que hubiera más víctimas inocentes.

Uno de los individuos enmascarados con medias cacheó a los tres hombres, buscando armas. Sólo encontró mecheros, sin percatarse de que, de los tres, sólo Dodango fumaba y no demasiado.

El zatandés que cacheó a Ricky le encontró encima, guardados en bolsitas de plástico, unos círculos de acero que semejaban placas inofensivas.

—¿Qué es esto? —preguntó, apremiante.

—A-a-amu-amuletos —soltó Ricky, al fin.

El negro volvió a dejar los discos dentro del bolsillo del japonés, ignorando que aquellas dos circunferencias metálicas eran sendos *shuriken,* sin puntas, pero de canto tan afilado que eran capaces de producir un corte mortal.

Ricky, con su corpulencia, resultaba extraordinariamente hábil para lanzar aquellos discos que colocaba en la palma de su mano, sujetando su centro o eje con el dedo pulgar. Con un movimiento muy entrenado, lo disparaba, con tanta habilidad, que podía desorejar a su enemigo si se lo proponía.

—Vamos, aprisa, antes de que vengan los del SAP —masculló el jefe del comando.

A punta de metralleta se llevaron a los tres rehenes internacionales, un norteamericano, un japonés y a Dodango, que tenía documentación británica.

En la calle esperaba un furgón *jeep* al que les hicieron subir tras efectuar nuevos disparos contra espejos y vajillas del hotel, obligando a todos los clientes a tirarse de cabeza al suelo para eludir los proyectiles.

Alguien debió avisar a la Security Army Police, porque cuando el furgón iniciaba la marcha, a lo lejos apareció un automóvil del SAP haciendo ulular su sirena.

El comando disparó varias ráfagas de metralleta y los neumáticos delanteros del patrullero estallaron. El motor debió encajar varios plomos porque se detuvo.

Los hombres del SAP saltaron del vehículo, que no tardó en estallar con una gran llamarada.

Cuando los policías, que en su más alta jefatura comandaba el mayor Job Tesang, trataron de reaccionar con sus armas, ya era tarde. El *jeep* del comando que se llevaba a los rehenes era ya distante e inalcanzable. Junto a ellos, el vehículo policial ardía totalmente, retorciéndose sus hierros y fundiéndose sus plásticos.

El *jeep* rodó por la carretera nacional, perfectamente asfaltada, durante unas millas. Luego se salió por una pista forestal, introduciéndose en la selva durante algo más de quince o veinte minutos.

En un lugar donde el follaje resultaba muy espeso, el furgón se detuvo.

Los tres rehenes no venían nada, la lona que les cubría se lo impedía; pero ninguno demostraba nerviosismo.

—¿Quién les envía? —preguntó Savage, que había permanecido callado, al igual que sus compañeros.

El jefe de aquella especie de comando respondió:

—Nosotros queremos la libertad de Zatandia.

—¿La libertad? Creo que tienen un buen presidente, un hombre que en la época colonial fue encarcelado y luchó por la no violencia; el pueblo lo estima y respeta. ¿Qué libertad queréis?

—El presidente es un hombre honrado, pero débil.

—Yo pienso que no sois verdaderos libertadores.

—¿Ah, no, qué crees que somos entonces?

—Vulgares sicarios.

—¿Vulgares sicarios? —repitió.

Se adivinaba una sonrisa bajo la media que ocultaba el rostro del zatandés.

—Sí. Admito que hay mucha corrupción en vuestro país, pero no sois vosotros quienes lucháis contra ella, sino todo lo contrario, os beneficiáis.

—Crees saberlo todo, ¿eh, Savage?

—¿Lo ves? No ibais a coger a unos rehenes cualquiera. Esa es la impresión que habéis querido dar en el restaurante, con el espectáculo del terrorismo y disparando estúpidamente. Habéis matado a hombres inocentes, compatriotas vuestros que trabajaban, simplemente.

—Se han asustado como conejos, por eso los hemos matado.

—Quizá Hoover se moleste por esas muertes.

—¿Hoover, qué dices de Hoover?

—Pues que él es quien os paga para que nos traigáis aquí y nos

matéis. A los ojos del mundo habremos sido eliminados por un grupo de guerrilleros rebeldes al gobierno; no es nada nuevo ni original achacar las culpas a otros que sí luchan de forma patriótica. Si se les cargan delitos vulgares, se estropea su imagen y, al mismo tiempo, tipos sin escrúpulos se desembarazan de sujetos que estorban o pueden ser peligrosos como nosotros.

—¿Vosotros peligrosos? —se burló el jefe del comando—. No tenéis armas, poder ni nadie que os siga.

—¿Admites que ha sido Hoover quien os ha pagado? —preguntó Dodango.

—¡Yo no admito nada y abajo los tres, se acabó la charla!

Allí ya no había peligro de que la lluvia de balas pudiera matar a personas inocentes, como había ocurrido en el restaurante.

Si las metralletas disparaban, podían morir, pero aquellos tres budokas, perfectamente entrenados psíquica y físicamente, no le temían a la muerte aunque lucharan contra ella.

Todo el cuerpo de M. P. Savage se tensó, aunque no se notara de forma visible.

Su mirada se centró en el hombre que tenía delante cuando el jefe levantaba el toldo y descendía del furgón.

Savage estaba seguro de que las órdenes dadas por Charles Hoover a aquellos sicarios que podían trabajar para él, en diversas ocasiones debían ser muy drásticas: un barrido de plomo sobre los tres intrusos. Así dejarían de constituir un problema para el importador de automóviles robados por bandas juveniles.

Si el comando los acribillaba a balazos en aquella zona selvática, iba a ser difícil que los encontrasen y, si los hallaban, los miembros del SAP darían una explicación sencilla.

Harían algún tipo de *razzia* por los *ghettos* negros donde se suponía que había descontentos tradicionales y los tres extranjeros servirían de pretexto para la redada.

Moses P. Savage sintió que algo se rebelaba dentro de él.

El *kiai* subió a su garganta. Era un *kiai* silencioso, inaudible, pero se transmitía como una ráfaga de rayos invisibles que podían matar.

El hombre que tenía delante quedó como aturdido y el puño de Savage salió disparado en un golpe seco contra la parte superior de las encías o *jinchu,* del tipo que le apuntaba con la metralleta.

El *uraken uchi* fue contundente, decisivo.

El sicario quedó quieto, sin siquiera emitir un gruñido. Su cabeza se dobló y su dedo se contrajo sobre el gatillo del arma.

Savage, que había previsto tal eventualidad, palmeó hacia arriba el cañón y los plomos brotaron hacia lo alto, perforando la lona que les cubría.

El ataque de M. P. Savage fue la consigna para que Ricky y Dodango hicieran lo propio con los hombres que tenían más cerca.

Dodango hundió su codo en un perfecto *empi-uchi* contra la parte baja del esternón del individuo que tenía a su izquierda.

Mientras tanto, Ricky lanzaba su poderosa mano en *tegatana* contra el vientre del que tenía delante, unas pulgadas por debajo del ombligo.

El asesino, con la cabeza cubierta por la media, se arqueó violentamente mientras ametrallaba el suelo del vehículo.

La pelea se hizo muy rápida dentro del furgón, mas ya habían descendido dos de los asesinos y aún quedaba el conductor a cargo del volante. Los tiros les desconcertaron.

Ricky asió a uno de los zatandeses por el cuello y parte de una pierna, y lo lanzó al exterior con una fuerza que parecía imposible que fuera humana, tal que hubiera podido hacer volar al negro en contra de su voluntad.

Los dos que ya se habían apeado, nerviosos, dispararon sus metralletas contra lo que se les venía encima y que resultó el cuerpo de su compañero. Este, todavía en el aire, se sacudió, alcanzado por las balas disparadas instintivamente.

El cuerpo acribillado a balazos les cayó encima, derribándoles.

Savage y Ricky saltaron al suelo mientras Dodango introducía su brazo por la pequeña ventanilla que daba a la cabina del conductor.

Aplicó una presa de estrangulamiento al chófer del comando asesino, que pateó el acelerador y agitó sus manos. El furgón *jeep* se puso en marcha con violentas sacudidas.

Chocó contra un árbol y su motor se caló, parándose por completo.

Los caídos trataron de ametrallar a los que se les venían encima.

Savage asestó un puntapié a la mano que sostenía la metralleta, y el jefe del comando quedó desarmado mientras Ricky cogía al otro por el cinturón y un tobillo. Lo alzó en el aire en actitud de pelea de Sumo, disciplina en la que era un auténtico campeón.

Comenzó a voltear sobre sí mismo, y el sicario, desarmado y viéndose girar en el aire, por encima de los dos metros de altura, gritó desaforadamente.

Los giros en el aire no cesaron hasta que, al fin, las manos de Ricky lo soltaron.

Salió volando contra un árbol, en el punto donde el tronco se dividía en tres gruesas ramas. Allí quedó encajado y pateando para poder escapar; sin embargo, sus pateos fueron cediendo. Por el otro lado, su cabeza sangraba y esta sangre se filtraba a través de la malla de la media que se la cubría.

El jefe del comando asesino escapó, corriendo entre la selva.

Ricky sacó con rapidez increíble uno de sus *shuriken* para detenerle. Le bastaba lanzarlo contra uno de los tobillos del fugitivo para que éste, con el tendón cortado, cayera al suelo incapaz de seguir corriendo; mas M. P. Savage contuvo su mano armada.

—No, Ricky, déjalo ir, así irá a lloriquearle a Hoover.

El japonés se contuvo y miró en derredor, como buscando alguno que todavía se moviera.

En realidad, Savage podía haber eliminado al jefe del comando asesino, pero no lo había hecho para que fuera a contarle lo ocurrido a quien le había pagado para matar.

Dodango apareció por el exterior del furgón y dijo:

—Aquí dentro todo está tranquilo.

—Bien, cargaremos los cadáveres en el furgón y se los llevaremos a los del SAP.

El propio Ricky cogió por los pies al que había quedado encajado en el árbol y lo sacó sin miramientos.

Después de todo, ya no le podía pasar nada más que le causara daño.

Cuando tuvieron el furgón cargado, Dodango probó su motor.

Consiguió ponerlo en marcha y lo hizo retroceder, centrándolo en la pista forestal selvática. Se alejaron de aquel lugar, donde no «quedaban más huellas que manchas de sangre y algunos troncos de árboles con balas incrustadas.

Por entre el denso follaje, un zatandés corría jadeante. Miraba hacia atrás con miedo de ser perseguido; iba desarmado y aún no comprendía cómo había ocurrido todo con tanta rapidez.

Aquellos tres prisioneros, sin armas, se habían desembarazado de ellos como si los sicarios hubieran sido simples niños jugando a terroristas...

A lo lejos se perdió el ruido del motor del *jeep,* alejándose.

CAPÍTULO V

La propiedad de Bobono, secretario personal del presidente de la República Independiente de Zatandia, se ubicaba en la suave pendiente de una colina que terminaba en las aguas del río Longo, al nordeste de la población.

La propiedad de Bobono no lindaba con el gran río que daba vida al país, aquel río que a través de un gran estuario desembocaba al océano y por el que iban y venían embarcaciones llevándose, mas que trayendo, las materias primas que el mundo industrializado, refinado y consumista, absorbía casi con insaciable glotonería.

Para que un buque cargado con productos manufacturados arribara a Zatandia, a cambio tenían que marcharse muchos, quizá demasiados, con materias primas.

El país apenas producía manufacturas y, al parecer, no había interés por parte de los poderosos para que las industrias prosperasen en naciones como Zatandia. Y si alguna prosperaba, era intermedia y siempre que evitara problemas en otra parte.

Era de noche.

La vivienda de Bobono era amplia y de una sola planta. Todo en su entorno, hasta la carretera, era un jardín natural. No se le habían añadido más plantas que las que nacían de forma espontánea, pero sí se había desbrozado la maleza, dejando caminos para poder pasar.

Tenía encanto aquella propiedad, y era agradable pasear por sus jardines.

Poseía algunas fuentes de piedra y varios tótems auténticos distribuidos en puntos estratégicos. Allí, el problema del espacio no existía, cada cual podía poseer el que deseara,, siempre que pudiera controlarlo.

Algunos hombres de la administración preferían vivir en bloques de apartamentos occidentalizados que costaban menos; era más barato pero menos agradable, pues Bobono sabía muy bien cuán grato resultaba vivir en contacto con la naturaleza; por ello, cuando estaba en su propia casa, se descalzaba y lo mismo por el interior de la vivienda, que por los jardines, andaba con los pies desnudos.

Bobono, secretario personal de míster President, rechazaba el aire acondicionado; aseguraba que le provocaba fuertes resfriados que, en más de una ocasión, le habían costado serios disgustos broncopulmonares.

Afirmaba que era un invento diabólico de los blancos, quienes, al parecer; podían pasar del frío al calor sin demasiados problemas; no obstante, no rechazaba el movimiento del aire que aliviaba la sensación de bochorno.

Ya los antiguos egipcios habían descubierto, con sus gigantescos abanicos de plumas, que, agitando el aire, el cuerpo humano se sentía mejor y la transpiración se realizaba con normalidad, sin agobios.

Luego, la técnica occidental había llevado a las colonias tropicales el ventilador, simple y efectivo, mas la industria había evolucionado y Bobono poseía en su casa un cuidado sistema de aire insuflado que llegaba a las estancias a través de rejillas estratégicamente ubicadas.

Las conducciones no se veían por parte alguna, el aire directo no molestaba y tampoco el ruido del motor que creaba la corriente de aire, pues se hallaba fuera del recinto de la vivienda.

Por ello, la mesa en torno a la cual se acomodaron los comensales tenía una temperatura agradable.

La cena que había dispuesto Bobono, aquel hombre de aspecto algo fatigado y cabellos casi blancos sobre su piel negra, era de carácter íntimo.

Estaba el matrimonio Bobono, su hija Fleur y una amiga de ésta, Uhla.

Dodango y Savage llegaron juntos a bordo de un vehículo de servicio. Ricky, el gigante japonés, se hallaba lejos de allí; Savage le había encomendado unas tareas.

—Mi esposa, mi hija Fleur y su amiga Uhla —fue presentando Bobono.

—Creo que nos hemos visto antes —le dijo Savage a Uhla.

La mulata, de elevada estatura y cuerpo hermoso y flexible, de una gran belleza sensual, le sonrió abiertamente.

—Sí, nos hemos visto en las oficinas de Charles Hoover. Ha dado usted una verdadera lección de hipnotismo, la verdad es que nos ha sorprendido a todos.

—No era mi deseo sorprender a nadie, sólo que la señorita secretaria estaba algo nerviosa y había que tranquilizarla.

—¿Y puede hipnotizar o sugestionar a todas las mujeres, como ha hecho con Sandra?

—No, siempre no se puede conseguir.

—La verdad, no sé si eso me tranquiliza o todo lo contrario.

Por su parte, Dodango prestó más atención a la hija de Bobono, plena de juventud y vigor, una hermosa mujer de raza negra que despertó un profundo interés en Dodango.

Se acomodaron en torno a la mesa de forma no protocolaria, por lo que M. P. Savage quedó sentado entre la esposa de Bobono y la

bella Uhla, de la que poco o nada sabía, aparte de que era de una exquisita belleza, elegancia y sensualidad.

Luego venía el propio Bobono y Dodango, que había quedado entre el secretario y Fleur, aunque, como es lógico, el budoka negro tenía más ojos para la bella hija de éste.

—He tenido conocimiento de la difícil situación por la que han pasado ustedes —dijo Bobono, antes de comenzar la cena.

—Ha sido una lástima que asesinaran a los empleados de cocina del restaurante —opinó Dodango, con sinceridad.

—Los terroristas son una plaga mundial y parece que ningún país está a salvo de ellos —comentó Bobono.

Con suavidad, sin intención de réplica, Savage le puntualizó:

—En muchas ocasiones, esos terroristas no tienen motivos políticos. Son muñecos movidos por intereses personales o de grupo. En este caso, estoy convencido de que quien ha pagado a esos asesinos es Charles Hoover en persona.

Esaú Bobono lo miró con fijeza y dijo:

—Lo que acaba de decir es muy grave. ¿Tiene pruebas de ello?

—No, y aunque lo hubiera confesado uno de esos sicarios, porque no eran más que asesinos a sueldo, no se habría dado ningún valor a sus palabras. Charles Hoover tiene demasiada influencia en este país.

Bobono suspiró profundamente.

—Tiene usted razón, Savage. Charles Hoover es una de las reliquias que nos dejaran los colonizadores, una secuela cancerígena que corrompe en torno suyo. Sé que practica el soborno, más o menos disimulado, para conseguir cierta clase de permisos que hacen que nuestro país sea expoliado en determinadas materias primas o derechos. Y ni siquiera él mismo realiza ese trabajo de expoliación, creo que vende los permisos a terceros cobrándolo con divisas u otra clase de favores. Todo está muy enmarañado, demasiado complicado... Tiene tendida una vasta red muy pegajosa y en la que quedan adheridos muchos que, en principio, querían ser honestos.

—Si saben que Charles Hoover practica la corrupción, ¿por qué no lo procesan o, simplemente, lo expulsan de Zatandia?

—No es tan fácil. Ha sabido corromper a personajes claves de nuestra administración y no hay forma de procesarlo. ¿Sabe usted quién es míster Patricio?

—Sé que no tiene ningún cargo, en la administración pública, pero mueve muchos intereses. Es otro sujeto de cuidado.

—Me gustaría comentar con usted, un reportero internacional, las cosas que preocupan y agobian a míster President, mas no puedo hacerlo, sería una deslealtad. Créame que si Zatandia se viera libre de ciertos personajes, este país podría comenzar a vivir con más libertad.

Se podría iniciar, de veras, un desarrollo económico que costaría más o menos lustros de conseguir, pero iríamos de cara a él. Ahora, en cambio, estamos inmersos en un pozo del que no parece haber salida. Tratamos de luchar contra el analfabetismo popular y algunas escuelas aparecen quemadas y sus maestros apaleados... En fin, no hay forma de regularlo todo y lo más grave es que carecemos de fondos suficientes para sacar este problema adelante.

—¿Y qué hace la policía de seguridad, ante tales hechos? —inquirió Dodango.

—Pues vigila, busca a los culpables, encierra a sospechosos e incluso, en tiroteos, ha llegado a exterminar a supuestos sospechosos.

—Usted lo dice bien, míster Bobono, supuestos sospechosos; quizá los muertos nada tenían que ver con la culpa que se les achacaba.

—Es usted muy suspicaz, Savage.

—Será porque he visto mucho y por más amor que pongo en mis ojos al mirar al prójimo, no consigo ver blanco lo que es negro, y no hay aquí alusión alguna a las distintas razas.

—¿De veras han podido ustedes solos, sin armas, contra ese comando de quince hombres armados con metralletas? —preguntó Uhla, con verdadero interés.

—Seis, sólo eran seis, y el chófer siete, no quince —rectificó Savage.

—Bueno, tampoco son de despreciar, si iban armados con metralletas —dijo esta vez Fleur Bobono.

Dodango explicó:

—Podíamos haber luchado en el propio restaurante para defendernos, pero allí se corría el riesgo de que hubieran más muertos inocentes.

—¿Y por qué les querían a ustedes, precisamente? —preguntó Uhla.

—Verá, esta mañana, cuando he estado en las oficinas de Hoover le he dicho a él mismo, en su cara, que iba a desenmascararle ante los ojos del mundo. Que he venido a Zatandia a destruirlo.

—¿Es ésa la verdadera razón de su viaje a nuestro país? —interrogó Bobono.

—Sí.

—¿Por qué ese encono contra Charles Hoover? —inquirió Uhla, intrigada.

—No es un encono personal, es una tarea que alguien tiene que hacer. Existen brigadas de hombres que desratizan las cloacas de todo el mundo; existen hombres que van a la Luna para explorarla; otros investigan nuevos medicamentos para que la humanidad venza a las enfermedades que la agobian, y hay hombres que barren las calles

para que no nos veamos inmersos en la basura que nosotros mismos producimos... Hoover es un elemento dañino que corrompe a los jóvenes. Es una historia larga, pero créame, es culpable de que muchos adolescentes se conviertan en forajidos que mueren y matan. Charles Hoover vive en el lujo gracias a la corrupción de los demás.

—¿Cree que sin Hoover, esos muchachitos de los que habla, no se convertirían, también en delincuentes? —preguntó Uhla, escéptica.

—Es posible que algunos de ellos, sí, porque existen otras causas, pero algunos, estoy seguro de que no, y aunque fuera para salvar a uno solo de esos chicos, sería razón suficiente para ajustarle las cuentas a Hoover. Hay una máxima sencilla pero elemental: «Quita la tentación y habrás quitado el pecado». Eso se puede aplicar a muchas cosas.

—Creo que será mejor hablar de todos estos temas después de la cena —propuso Fleur.

Cenaron y hablaron de Zatandia, pero no de sus lacras sino de sus posibilidades. Fleur, Dodango y el mismísimo Bobono y su esposa, se mostraron muy interesados en el tema.

Uhla y Savage cambiaron varias miradas llenas de intención.

Al concluir la cena, Bobono se sintió muy cansado y hasta algo indispuesto, y se excusó.

—Fleur, ¿puedes hacer los honores a nuestros invitados?

—Sí, padre, claro que sí. ¿Quiere que avise al doctor?

—No es necesario; unas cuantas horas de sueño será suficientemente reparador.

La esposa de Bobono, fiel, sumisa y callada, educada en las antiguas costumbres del país, se marchó con su marido.

Fleur era diferente. Ella había estudiado en Londres y París, y pudo charlar animadamente con Dodango, que conocía los mismos lugares.

—Paseemos por los jardines —propuso Fleur.

Su idea fue aceptada de inmediato. Al poco, las dos parejas se separaban, acomodándose en distintos sofá-columpios con toldo.

Dodango y Fleur parecían mutuamente atraídos. Por su parte, Uhla jugaba pasando sus uñas por las mejillas y el mentón de Savage, mientras le acariciaba con sus grandes y cálidos ojos y le sonreía con sus labios entreabiertos, mostrándole unos dientes perfectos y la lengua sonrosada y ligeramente húmeda.

—¿Sabes que me gustaría arañarte la cara, Savage?

—Las personas más civilizadas no pueden evitar tener sentimientos verdaderamente salvajes, en algunas ocasiones.

—Es cierto. Si a veces dijéramos en voz alta lo que deseamos hacer, nos tomarían por locos o nos rechazarían como a seres casi abyectos; sin embargo, todos somos más o menos susceptibles de

experimentar deseos de esa clase. ¿Verdad, Savage?

—Sí, pero la educación hace que nos contengamos y no llevemos a cabo lo que deseamos, porque al fin *y* al cabo no somos fieras, sino seres humanos.

—Reconoce que hay momentos en que uno puede experimentar un placer intenso en sentirse fiera. Tú mismo te llamas Savage.

—Me dieron ese nombre cuando era niño. Al parecer era algo salvaje, pero entre un cocinero japonés y un *sensei* budoka lograron educarme, y lo de Savage quedó simplemente como apellido.

—¿De modo que tú te consideras un hombre con cultura y educación oriental?

—Sí y no; soy un ciudadano del mundo, ecléctico en cuanto a culturas y educación. Cojo lo que yo estimo mejor de cada lugar, de cada ciencia, de cada ideología y, como piedra fundamental, el respeto a los demás mientras éstos no hagan daño a su prójimo para beneficiarse personalmente.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad?

—Procuro estarlo, pero cada día que avanza me siento menos seguro. Creo en la sinceridad, pero no en la verdad.

—¿Por qué no en la verdad?

—Para mí, la verdad absoluta no existe. Un grupo de personas que ha estado en un mismo lugar, presenciando idéntico suceso, no coinciden luego en sus descripciones y apreciaciones; cada uno da una versión distinta. La verdad total no existe, los sentimientos y la forma de pensar de cada cual influyen demasiado en su propia verdad, por ello me conformo con la sinceridad.

—Eres demasiado profundo en tus apreciaciones, Savage, y estos momentos tan agradables invitan a otras sensaciones... Huelo a una mezcla de aromas de plantas que la suave brisa y la humedad nocturna hacen que invadan mi olfato; me gusta contemplar las estrellas y me agradaría ver si eres capaz de hipnotizarme a mí también.

—No soy un mago de circo.

—¿Qué eres, entonces?

Savage estaba tan cerca de Uhla que notaba la suavidad de su aliento y el perfume que emanaba de ella. Era un perfume natural, de hembra, y no un perfume artificial; sin embargo, no era ofensivo, todo lo contrario, resultaba agradablemente excitante.

—Un hombre.

—Demuéstramelo, entonces.

Acercó sus labios a los femeninos muy despacio, hasta que ella comenzó a notar su roce y sus párpados se fueron cerrando como si un sueño intenso la dominara.

La falda que Uhla vestía tenía un doble corte lateral para evitar

el calor y uno de sus dorados muslos quedaba al descubierto. Savage le aplicó suavemente la yema del pulgar siguiendo las líneas nerviosas que a él, un experto de la anatomía humana, no le costaba demasiado encontrar.

Uhla se estremeció de arriba abajo y fue ella quien aplastó entonces sus labios contra los del hombre.

Por un instante, Savage temió que Uhla olvidase su estado civilizado y se llenara las uñas de piel y sangre, disfrutando en arañarle el rostro.

—Ya no me cabe ninguna duda de que eres un hombre —runruneó, con una voz que se había tornado algo ronca y oscura. Sus ojos estaban como turbios.

—Será mejor que me marche —dijo él.

—¿Marcharte, adónde?

—En alguna parte tengo que dormir.

—Yo tengo un *bungalow,* es muy agradable y tiene un muro aislante para que intrusos y fieras no puedan molestar. Es algo chiquito, yo vivo sola en él y hasta tengo una piscina donde uno se puede dar un chapuzón.

—Un *bungalow* muy lujoso.

—Me gusta vivir bien. ¿Me acompañas?

—He venido en un taxi.

—Yo tengo mi coche aquí. —Como viera que Savage se fijaba en el otro sofá-columpio que no estaba muy lejos y del que sólo podían ver dos pares de piernas, dijo—; Ellos ya están bastante entretenidos; después de todo, Fleur ya está en su casa.

—De acuerdo, me encantará conocer tu *bungalow*.

Se acercaron al columpio donde estaban Dodango y Fleur, pisando fuerte para hacer notar su presencia. Se encontraron con dos pares de ojos sonrientes.

—Dodango, Uhla y yo nos vamos.

—De acuerdo, por la mañana nos veremos.

Las dos muchachas se despidieron con ligeros besos en las mejillas, ambas parecían contentas.

Las dos parejas se sintieron satisfechas de separarse. Cada una de ellas tenía mucho en que ocuparse, y esas ocupaciones preferían desarrollarlas en soledad.

CAPÍTULO VI

—No está mal tu coche —opinó Moses Pacific Savage, a la vista del «Ford Mustang Stallion» deportivo.

Uhla abrió las puertas con sus llaves. Poseía dos laterales y una posterior, para cargar equipaje.

—Lo he comprado en la importadora de Charles Hoover.

—Te habrá costado muy caro.

—Sí; para ser de segunda mano y pagado a plazos, es caro.

—¿Es usado? —se asombró Savage.

—Sí. Charles Hoover, al que tú le tienes el ojo echado para destruirlo, importa automóviles nuevos y usados, así tiene para todos los bolsillos.

—A mí, lo que menos me gusta de Hoover es que tenga automóviles de regalo y de pago, como los numeritos de la suerte de un feriante.

—Pues ya me gustaría a mí ser una de las que reciben el coche de regalo y no pagándolo religiosamente…

—No digas eso. Los que aceptan el coche de regalo están sobornados.

Uhla introdujo la llave en el contacto y puso en marcha el motor de seis cilindros.

—Hubiera preferido uno automático, pero he tenido que conformarme con el cambio de marchas manual.

—Los buenos corredores se inclinan por el cambio de marchas manual, se puede controlar mejor el coche y es más uno mismo el que funciona, que la máquina en sí. Al cambio manual se le puede sacar más rendimiento utilizándolo adecuadamente, claro, porque, de lo contrario, puede resultar mucho peor.

—Sí, como querer ir a ciento cincuenta con la primera marcha o a veinte por hora con la cuarta… Pues para mí es un fastidio, quizá porque soy mujer; hubiera preferido uno automático.

—¿No tenía Hoover ninguno de segunda mano, automático?

—Tenía otros más potentes y más caros; también había uno descapotable, pero ése no quiero ni verlo.

—¿Por qué?

—A un amigo mío le saltó encima un leopardo y lo degolló en cuestión de segundos. Cuando viajo me siento más tranquila teniendo acero sobre mi cabeza y cristales duros alrededor y, si hace calor,

conecto la ventilación.

—No te gustan las alimañas de la selva, ¿eh?

—Francamente, no. Por la capital no hay fieras que te puedan sorprender, si descontamos algunos reptiles o arañas, pero no siempre se viaja por la ciudad. Este es un país todavía subdesarrollado y lo que aquí llamamos carretera, en otra parte le llamarían pista forestal sin asfaltar.

Uhla conducía muy rápido. Maniobraba su vehículo con facilidad. Aquel «Ford Mustang Stallion», de color rojo fuego metalizado, era muy vistoso y potente con sus dos mil ochocientos centímetros cúbicos y noventa y ocho caballos, y aunque Uhla lo hubiera adquirido de segunda mano, estaba en perfecto estado de conservación.

También era cierto que la capital, llegada la noche, tenía poca o casi nula actividad; podía resultar muy peligroso ir a pie ante los posibles ataques de delincuentes que quizá no lo hubieran sido tanto si en los *ghettos* donde habitaban, no se vieran obligados a vivir en condiciones infrahumanas.

Apenas se veía algún que otro vehículo. Los transportes de servicio público no funcionaban y salvo las dos o tres arterias principales de la ciudad, el resto de las calles apenas tenían farolas encendidas.

Algunos coches del SAP rodaban sin prisa, salvo que fueran requeridos en algún lugar determinado y en los lujosos edificios donde residían los privilegiados, se ponían en marcha los dispositivos de seguridad para no ser asaltados durante la noche por los marginados de la riqueza, del confort y de la calidad de vida que sólo llegaba a unos pocos entre unos muchos.

Uhla utilizaba la luz intensiva, puesto que en muchas calles largas y con pocas edificaciones, la oscuridad era intensa. No pasó por los *ghettos,* donde cada negro construía su choza como podía. La administración era impotente para solucionar aquellos problemas y también había elementos dentro del gobierno interesados en que no se resolvieran.

Penetraron en una urbanización para economías saneadas, con vigilantes armados que paseaban por sus calles para evitar asaltos y cuyos salarios salían del fondo comunitario.

Los faros enfilaron una puerta de madera sólida, sin filtraciones.

—Toma, ¿puedes abrir? —le preguntó Uhla, entregándole las llaves.

Savage se apeó del «Ford» y cegado por las luces, fue hasta la puerta, abriéndola.

El automóvil deportivo se introdujo en la propiedad y la puerta volvió a cerrarse, aislándoles del resto del mundo.

Uhla conectó la luz eléctrica y se encendieron puntos de luz en los jardines de su *bungalow* y en el interior del mismo.

Dejó el auto frente a la cochera, sin molestarse en introducirlo en ella.

La piscina era irregular y poseía unas aguas limpísimas; su filtro debía ser de calidad. No era muy grande, pero sí lo suficiente para nadar a gusto. Había focos externos para iluminar la piscina, pero Uhla no los encendió, objetando:

—Con la luz de una luna como la de esta noche es más agradable.

Entraron en el *bungalow* y allí puso una cinta en un magnetófono. La música se expandió, no sólo dentro de la casa, sino por el jardín, y como era suave, no podía molestar a nadie.

La propiedad quedaba totalmente aislada de las demás por un alto muro y una alambrada colocada encima del mismo. Había árboles que rompían la dureza del muro y la hierba crecía suave y abundante, cubriendo todo el suelo.

—¿Quieres tomar algo?

—No, ya he tomado lo que mi estómago pedía en la cena.

—¿No eres de los que necesitan un vaso en la mano para relacionarse?

—Pues no soy de ésos, es cierto. Para hablar no, tengo que escudarme detrás de un vaso o un cigarrillo.

—Eres de una seguridad aplastante, ¿eh?

—No; trato de ser normal y natural.

—Pues muy bien, atractivo varón.

Se le acercó, le rodeó con sus brazos y lo besó en la boca, sin violencia. Después sonrió con los ojos y con la propia boca, y dijo:

—Nos veremos en la piscina. ¿De acuerdo?

—Sí, ya ha pasado el tiempo suficiente como para que no tengamos un corte de digestión.

—El agua no está helada; aquí siempre está templada.

Uhla se fue al dormitorio y Savage comenzó a desnudarse en el mismo saloncito.

Cuando la joven reapareció, envuelta en un corto batín blanco, Savage ya no estaba en la salita.

Caminando casi felinamente, moviendo sus caderas y todo su cuerpo con gracia y elasticidad, Uhla salió al jardín. Iba descalza por la hierba. Al llegar junto a la piscina, miró a su alrededor y no descubrió a Savage. Tampoco el agua se movía lo más mínimo; reverberaba la luz que recibía de una luna grande y redonda, pero no veía al hombre…

—¡Savage, Savage!

—Estoy aquí.

Desconcertada, descubrió a Savage en lo alto del trampolín.

Se hallaba en *sirshasana* en la punta del trampolín, cabeza abajo y formando también una base con los brazos y las manos mientras el resto del cuerpo guardaba una verticalidad asombrosa.

Las puntas de los dedos de sus pies quedaban en el lugar más alto de su cuerpo y en aquella postura de yoga su cuerpo se revitalizaba, descansando su cerebro.

—¿Qué haces ahí arriba?

—Liberar mi mente de problemas.

—¿Para qué?

—Para dedicarme más y mejor a ti.

Se dobló sobre sí mismo por la parte frontal del trampolín y cayó al agua, zambulléndose.

Uhla se rió ligeramente y se quitó el batín, lanzándose también al agua.

Nadaron libres de convencionalismos, libres del mundo, libres como pareja humana, sin que nada ni nadie turbase su íntima soledad.

Mientras se encontraban, se cogían de las manos, se salpicaban los rostros y se reían sin complejos ni inhibiciones. Aun allí, dentro de la propiedad cercada, les alcanzaba el embrujo del África negra.

De pronto, la música que estaba sonando cambió para dejar paso a unos tam-tam rítmicos que comenzaron a sonar muy sensuales...

—¿Ninguna mujer, antes que yo, te ha dicho que eres *super?*

—Tonterías.

Savage le dio un beso de media vuelta que ella supo encauzar. Notaban la hierba fresca bajo sus cuerpos y seguía sonando la música. Se hallaban cerca del borde de la piscina y sus cuerpos ya estaban secos...

—Te parecerá ridículo, pero te amo, Savage, te amo.

—Di que me deseas, eso es todo. Es demasiado pronto para amar.

—Hipnotízame, te lo suplico.

—¿Para qué?

—Para ser tuya.

—Ya lo has sido y no ha habido resistencia alguna en tu entrega amorosa.

—Por favor, hipnotízame y seré tuya totalmente, no podré resistirme a nada, absolutamente a nada.

—No soy ningún sádico.

—Lo sé.

—¿Acaso te gustaría que te hipnotizara para luego golpearte, es que eres una masoquista?

—No, pero me gustaría que me hipnotizaras, perder todo el

control de mí misma y quedar en tus manos. Mañana despertaría bajo un sol brillante y cegador.

—¿No crees que el amor es mejor saborearlo bien, sin perder el total control de uno mismo?

—Te juro que ningún hombre me ha tenido en sus brazos tan plenamente como tú me tienes ahora.

Savage la acarició, notó bajo sus manos la cálida suavidad de su piel sedosa y sin vello. Besó sus labios por enésima vez; le mordió los lóbulos de las orejas y besó sus párpados cerrados.

Uhla era un hermoso ejemplar de mujer, de los que la naturaleza daba raramente y muy de tarde en tarde, como diamantes de gran calidad.

—Uhla, los momentos felices de esta vida, que no suelen ser demasiados, conviene saborearlos intensamente.

Ella runruneó en su oído; eran como dos fierecillas amándose a la luz de la luna.

—Tengo sed —dijo Uhla, cuando ambos estaban cerca el uno del otro, boca arriba, mirando las estrellas.

Savage no dijo nada y la mujer se alejó gateando hasta la mesa que había cerca con una bandeja.

El hombre siguió mirando las estrellas, todavía faltaba mucho para la amanecida. De súbito, vio sobre él los ojos de Uhla, y la mirada no era la misma de antes...

Su instinto de conservación le hizo reaccionar con rapidez y estaba bien entrenado para situaciones imprevistas.

Le bastó doblar la cabeza y oscilar su cuerpo ligeramente para que la mano traidora asestara un golpe mortífero sin que alcanzara su objetivo.

La diestra femenina estaba armada con un *yawara,* la pequeña arma japonesa de madera que semejaba un amuleto. Era de durísima madera de teca, con sendas pequeñas cabezas de dragón talladas en sus extremos.

Aquel bastón, de unos quince centímetros de largo, era apresado por el puño atacante que efectuaba golpes de karate, pero no con la mano vacía y, por lo tanto, de forma muchísimo más contundente.

Aquel golpe que Uhla le aplicó buscando su entrecejo, podía haberlo matado, de acertarle, mas la mortífera cabecita de dragón se hundió en la hierba.

—¡Kiai! —rugió Uhla, tratando de enmendar el primer error.

El segundo golpe con el *yawara* quiso acertar en la sien de Savage, pero un *shuto-uchi* con el canto de la mano propinado por éste, desvió el arma.

Uhla no había cejado en sus traidores ataques.

Era una mujer distinta. Se había saciado de amor y ahora tenía

que saciarse de sangre, con la muerte de Savage como si fuera una *mantis religiosa* que, después del baile nupcial, mata y devora al macho.

Savage no quiso atacarla a la recíproca; se hubiera comportado de forma muy distinta ante un budoka varón. No podía olvidar que era una mujer, aunque también peligrosísima, pues cualquiera de sus golpes podía matarlo.

—¡Kiai! —volvió a rugir Uhla, sin lograr acertarle en la cabeza.

Savage le aplicó un durísimo golpe en la muñeca armada. Uhla tuvo que soltar el *yawara* y su mano quedó inmovilizada, posiblemente con algún hueso roto.

Se revolvió para aplicarle en el bajo vientre un *kin-geri,* deseando acertarle con el empeine de su pie en el lugar buscado, mas no lo consiguió. Savage le atrapó el pie en el aire, se lo giró y la volteó, derribándola.

Inmediatamente se lanzó sobre ella aplicándole un *hadaka-jime.* No presionó al máximo en aquella estrangulación al desnudo, en la que el cuello de Uhla quedaba apresado por su antebrazo derecho y la nuca, por el canto de la mano izquierda del hombre.

—¡Basta, Uhla! Podría desnucarte si quisiera.

—¡Mátame, mátame, soy una traidora repugnante!

—Palabra que me has sorprendido. Hemos nadado, nos hemos amado y, al final, tratas de matarme. No podía sospechar que pertenecieras a esa secta de los Sicarios del Dragón Bicéfalo.

—Sí, soy uno de sus miembros, y ahora puedes matarme, tú me has ganado, no he logrado sorprenderte.

—¿Quién te ha ordenado que me mataras? Sé que la Secta del Dragón Bicéfalo nada tiene que ver con Charles Hoover, ni lo que ocurre aquí en Zatandia. Vosotros me perseguís siempre, por todo el mundo; queréis eliminarme y sé que sois asesinos pagados, pero ¿por quién?

—No lo sé, es inútil que me preguntes. Puedes desnucarme, no te lo podría decir aunque lo deseara. Te amo, Savage, te amo, no quería asesinarte, por ello te pedía que me hipnotizaras. Si lo hubieras hecho, no te habría atacado y me habría excusado a mí misma por no cumplir la orden que he recibido.

—¿Quién te la ha dado?

—No lo sé, me llamaron por teléfono y me dijeron que tenías que morir, eso es todo.

—Y con tu belleza te ha sido fácil atraerme hasta este *bungalow* para aplicarme el golpe mortal con el *yawara.*

—Sí. No te suplico perdón, Savage; sé que soy despreciable, pero me he acostumbrado a vivir con cierto lujo y eso cuesta dinero. Ellos me pagan. Puedo amar si me apetece, pero no tendría más remedio

que convertirme en una furcia para seguir viviendo bien.

—Y has preferido convertirte en una asesina a sueldo... ¿Dónde te reclutaron los de la Secta del Dragón Bicéfalo?

—En un gimnasio de París, allí practiqué karate.

—¿Quién te reclutó?

—Un oriental, nunca me dijo su nombre, puedo jurártelo. Ya ves que no te sirvo de nada, aunque me mataras no sacarías nada.

Savage la soltó, dejándola tendida en el suelo. Uhla lloraba y por el dolor de su muñeca rota que, con unas semanas de escayola, volvería a estar normal; lloraba por sí misma, despreciándose.

Savage recogió la pequeña arma de madera que a cualquiera podía parecerle ingenua, pero un budoka sabía que podía ser mortal y nadie recelaba de ella.

Se dirigió al *bungalow* en busca de sus ropas.

La Secta del Dragón Bicéfalo no dejaría de perseguirle hasta que lograran matarle a él y destruir su Liberty Garden. Aquella secta debía recibir el dinero de los resentidos, de los que temían a Savage, quien se había impuesto la tarea de atacar y desenmascarar a los que, por lucro particular, corrompían al mundo.

Era consciente de que allí en Zatandia nada podía hacer contra los miembros de aquella secta que le había sentenciado a muerte; sólo estaba Uhla y ésta seguía sobre la hierba, desnuda y llorando su propia vergüenza, una vergüenza que le hacía olvidar el dolor de su muñeca rota.

Algún día, Moses P. Savage se encontraría cara a cara con las cabezas dirigentes de la Secta del Dragón Bicéfalo, pero ahora había otra tarea más inmediata que llevar a cabo. Charles Hoover debía recibir su justo castigo.

Apartando de su mente un rostro hermoso, un cuerpo bello y unos brazos cálidos, se perdió por las oscuras calles de la ciudad.

CAPÍTULO VII

—¡Fleur!

La muchacha, que se estaba dejando besar por Dodango en aquel sofá-columpio de los jardines de su casa, quedó sorprendida. Se apartó de su compañero y miró al hombre que acababa de interpelarla.

—Míster Patricio...

El hombre de manos gordezuelas y de ordinario sudorosas, con bigote y barba que no se unía a las patillas, dijo:

—Tengo algo importante que decirte, Fleur.

—¿Qué ocurre, míster Patricio?

El recién llegado miró a Dodango significativamente y la joven aclaró:

—Es amigo mío y de mi padre.

—Bueno, es que se trata de tu padre, Fleur.

—¿Mi padre? ¿Qué le ha ocurrido? Si se ha ido a acostar...

—Sí, ya lo sé, pero parece que están ocurriendo acontecimientos graves en la Presidencia.

—¿Aviso a mi padre?

—No, no lo avises aún. Tú puedes ayudarle, eres una muchacha inteligente.

—Gracias, míster Patricio, pero ¿cómo puedo ayudarle?

—Acompáñame; tu amigo también puede venir contigo, así él te traerá, luego, de regreso a tu casa. Quiero que veas algo importante que puede perjudicar a tu padre; no hay tiempo que perder.

Por la mente de Fleur Bobono pasó la desagradable idea de un sorpresivo golpe de Estado.

—¿Qué le parece si lo aviso primero, míster Patricio?

—No, tu padre no puede hacer nada, ahora.

Míster Patricio echó a andar, como dando por terminada la conversación allí. Mientras se levantaba, Dodango preguntó a Fleur:

—¿Cómo ha entrado en la casa sin que le dijeran nada? Vosotros tenéis servicio y vigilantes debido al alto cargo de tu padre.

—A míster Patricio lo conocen, y nadie le dice nada. Es un hombre con mucha influencia y puede entrar donde quiera.

—Sí, ya me han contada cosas sobre ese míster Patricio. Viene a ser algo equivalente a los padrinos de la Mafia en el mediodía italiano o en los Estados Unidos.

—Mejor será que no digas eso muy alto, podría costarte un serio disgusto, Dodango.

Salieron. A la entrada de la casa aguardaba el lujosísimo «Mercedes-Benz» 600, de casi siete litros de cubicaje y sus dos toneladas, y media de peso, un automóvil que no se arrugaba con facilidad al primer encontronazo.

—Subid detrás, yo conduciré.

Dodango miró a un lado y a otro y no vio a nadie, ni siquiera otro vehículo que pudiera resultar sospechoso.

Míster Patricio se acomodó ante el volante y preguntó:

—¿Estáis cómodos?

—Sí —asintió Fleur, preocupada.

—No temas, todavía se puede salvar la situación. Se trata de Job Tesang.

—¿Tesang? —repitió la muchacha.

Míster Patricio no añadió nada más; se puso un cigarro en la boca, le prendió fuego y puso en marcha el «Mercedes» automático, alejándose de la propiedad de Bobono, secretario personal de míster President.

Los potentes faros iluminaron la carretera junto al río. Luego, se desviaron por una pista forestal. Dodango no conocía aquellos parajes y Fleur tampoco.

Míster Patricio conducía con tranquilidad, quizá excesivamente veloz teniendo en cuenta el pésimo estado de aquella carretera sin asfaltar.

Los faros iluminaban la maleza, mucho follaje y arbolado, era pura selva. No extrañaría a nadie ver aparecer la cabeza de un león entre la vegetación.

—Fumaré uno de sus cigarrillos —dijo Dodango, Sacó su mechero, manteniéndolo en la mano y antes de prender el pitillo, dijo —: ¿Adónde vamos, míster Patricio?

—A un lugar muy especial.

—Estamos en mitad de la selva, creo que el río no debe quedar lejos. ¡Hum!, parece que delante hay postes de advertencia de peligro…

—Sí, es un recinto al que sólo se puede entrar por esta carretera que conduce a la entrada.

—Por otras partes deben haber alambradas, claro. Si *Día* o *Sol* oyeran, podrían suponer dónde estamos.

—¿Qué dice, Dodango?

—Nada, cosas mías; estaba pensando. Míster Patricio, usted nos lleva a alguna parte y todavía no nos ha dicho a cuál.

—Al lugar más seguro de Zatandia.

Cruzaron unas alambradas, el portalón de una empalizada y

luego otras alambradas… Al fin, se detuvieron en una explanada frente a una especie de barracón.

—¿Qué es esto, míster Patricio? —preguntó Fleur Bobono.

El lujoso automóvil quedó rodeado rápidamente por vigilantes armados con metralletas. Dodango gruñó, sin ambages;

—Esto es una trampa… Si no me equivoco, he oído hablar de un siniestro penal llamado Underground.

—Exacto, esto es Underground y no vais a salir de aquí; nadie sale vivo de aquí.

Fleur, anonadada y sorprendida, musitó:

—¿Cómo dice, míster Patricio?

—Muchacha, tu padre es muy díscolo, pero ahora hará lo que le pidamos con exactitud y puntualidad. En cuanto al joven negro, hará que su amigo Savage venga a buscarlo y cuando esté encerrado, también dejará de constituir un problema. Están metiendo demasiado las narices en asuntos que no les importan. Ahora, lo siento, tengo que marcharme. Espero que os encontréis cómodos en este hotel llamado la cárcel Underground; la más segura de toda África.

Se abrieron las puertas de ambos lados del «Mercedes-Benz» 600 y aparecieron los amenazadores cañones de las metralletas. No había escapatoria.

Dodango tomó una decisión, consciente y grave, sin que nadie se percatara de lo que sucedía, pues la luz era escasa.

Aplicó un *ippon* de karate con su dedo corazón en dardo, justo en la sien derecha de míster Patricio mientras descendía del coche. El golpe fue seco y contundente, mas nadie se apercibió de ello.

Míster Patricio sacudió la cabeza y quedó inmóvil contra el reposacabezas del asiento mientras, afuera, Dodango y Fleur quedaban cercados por no menos de diez armas automáticas ligeras, prestas a disparar.

El comandante de la prisión se acercó a la ventanilla de míster Patricio y dijo:

—Los trataremos con dureza, les daremos una buena lección para que, en el futuro, no sean tan rebeldes… —Al observar que el norteafricano no respondía, inquirió—: ¿Qué le sucede, míster Patricio?

Abrió la portezuela, intrigado, y escrutó más de cerca al mafioso. En voz baja, masculló para sí:

—¡Si está muerto!, ¡qué raro…! ¿Le habrá dado un ataque cardíaco? La verdad es que estaba demasiado gordo.

No se le ocurrió, ni por un instante, que Dodango hubiera podido terminar con la vida de aquel tipo execrable con un solo dedo, aplicándole un severo y contundente *ippon* en la sien.

El comandante de la prisión, sorprendido por la súbita e

inesperada muerte de míster Patricio, cerró la portezuela tras apagar las luces del coche.

—No molesten a míster Patricio; está cansado —dijo a sus hombres para que nadie se percatara de lo ocurrido, mientras él consultaba con el mismísimo Job Tesang, que no se hallaba en Underground, acerca de las medidas que debía tomar.

—Comandante, lo que está haciendo es repugnante —recriminó Fleur Bobono. Ella tampoco se había dado cuenta de la acción mortífera del dedo de Dodango.

—Basta de explicaciones. Llevadlos abajo, a las celdas de seguridad.

Los empujaron. Aquellos hombres iban muy bien armados con metralletas y tres de ellos portaban al cinto largos machetes para desbrozar vegetación selvática si hacía falta, ya que abundaba en su estado natural en torno a la cárcel. Por otra parte, el machete era algo que siempre infundía terror a los presos.

Fueron introducidos por la puerta de un barracón e inmediatamente se encontraron con un túnel descendente, todo de hormigón, peldaños, paredes y suelo. La cárcel subterránea estaba sólidamente construida.

Fueron descendiendo. A su paso se abrieron y cerraron rejas. Algunos de la escolta se fueron quedando por el camino. Las posibilidades de fuga de los presos ya eran nulas según las estadísticas que tenían de la durísima prisión.

En los sótanos de cemento armado se escuchaban lamentos, gritos de dolor.

Allí estaban las celdas más horribles, celdas donde se encerraba a un condenado y quedaba sentado en una especie de escalón de cemento, manteniéndole en esa postura por espacio de años para que ya jamás pudiera ponerse en pie.

Había celdas eternamente iluminadas y otras siempre a oscuras. El terror y la tortura imperaban en los sótanos de la execrable cárcel subterránea.

Un vigilante cerró una puerta de rejas y se quedó al otro lado de la misma. Los prisioneros siguieron adelante, ahora escoltados por dos vigilantes bien armados con metralletas y uno de ellos portando también un machete.

—Lo siento, Dodango, te ves aquí dentro por mi culpa —se lamentó la joven.

—No, Fleur, me veo por culpa de ellos, que son repugnantes. Ya ves, ni míster President ni tu padre pueden controlar las cosas que suceden aquí dentro. Escucha los gritos de los torturados… —le dijo cuando, de pronto, aplicó de costado un contundente golpe de *kent-sui,* a la altura de las tetillas. El puño martillo fue letal.

—¡Kiaiii!

Su rugido se pudo confundir con los lanzados por los torturados en aquellas celdas especiales.

El vigilante se desplomó como un saco, sin proferir un grito. Su compañero, al darse cuenta, quiso reaccionar, pero ya un talonazo de abajo arriba por detrás, al tipo coz, le asestó un contundente *ushiro* gen en los genitales que lo hizo saltar ligeramente en el aire.

—¡Kiaii! —rugió de nuevo, sacando toda su fuerza interior para atacar a aquel adversario que quería encerrarlos dentro de unas celdas de tortura de las que ya no se salía.

Le asestó un *ura-tsuki* con el puño entre los ojos que hizo tambalear a su carcelero; inmediatamente, le aplicó un *ipponken* debajo del lóbulo de la oreja que lo tumbó definitivamente al suelo con espasmódicas sacudidas de piernas y brazos.

—¡Hay que salir de aquí, como sea! —gritó Dodango a Fleur, sorprendida por la contundencia y velocidad de ataque de Dodango.

Este tomó el largo machete del cinturón de uno de sus enemigos caídos y lo asió como una *katana* de samurai. Para él, aquello ya sería Ken Jutsu. No se podía olvidar que Dodango era un experto en el Arte Marcial del Kendo, lo que en tiempos de los históricos samurais guerreros se denominara Ken Jutsu.

Dodango se lanzó a la carrera contra la puerta enrejada, gritando:

—¡Kiaaaaaaiiiiii!

El carcelero que estaba al otro lado de las rejas se tambaleó ante la fuerza de aquel grito que no parecía humano. Sus cabellos rizados semejaron ponerse tiesos como alambres y quedó inmóvil, incapaz de moverse.

Dodango introdujo entre los barrotes la hoja del machete transformado en sus manos en *katana* japonesa y no sólo pasó la hoja, sino la empuñadura y hasta su brazo entero.

—¡Aggg! —aulló el carcelero.

Quedó clavado contra la pared, atravesado totalmente por la hoja del machete.

Dodango estiró despacio del machete, atrayendo el cuerpo del cancerbero. Cuando lo tuvo contra las rejas, le quitó las llaves y abrió la cerradura.

Después, con las llaves que tenía, comenzó abrir celdas.

Los torturados prisioneros empezaron a salir de sus encierros. Era horrible verlos aparecer... Algunos estaban ulcerados, otros salían gateando, otros ciegos y muchos, ya enloquecidos.

Fleur Bobono se apoderó de una de las metralletas de los guardianes muertos y Dodango le pidió:

—¡No dispares si no es necesario, llamaríamos la atención y aún

no se ha dado la alarma!

—Es que yo no sé luchar como tú... —Y miró la hoja ensangrentada del largo machete utilizado como *katana*.

Pasaron de una galería a otra. Dodango, convertido en un samurái con su machete a guisa de sable, se fue desembarazando silenciosamente de los carceleros y algunos de los prisioneros que se habían unido a él iban abriendo celdas.

—¡Escuchadme, escuchadme! —pidió Dodango a los liberados —. ¿Alguno sabe dónde están las instalaciones eléctricas?

—Yo, yo lo sé, antes fui carcelero...

—Entonces, escoge a cinco y ve a las instalaciones. Destrúyelas. Sin electricidad no nos podrán perseguir con sus focos los de las torretas de ametralladoras.

—¡De acuerdo!

Comenzaron a sonar los primeros tableteos de metralleta. Fue uno de los vigilantes que los descubrió, antes de que se le echaran encima. La propia Fleur le respondió con el arma que llevaba, llenándolo de balas.

—¡Dispara ya sobre la puerta!

Fleur obedeció, disparando contra la cerradura, mas esta no cedió. Todos les miraron preocupados y Dodango pidió:

—Un momento... —Se concentró, se fue hacia atrás y...—. ¡Kiaiii!

Se lanzó hacia delante con el tacón alzado.

El budoka, entrenado durísimamente en los *dojos* de Liberty Garden, había demostrado cuál podía ser el poder de un taconazo humano.

Salieron en alud a la explanada cuando comenzó a sonar la sirena de alarma y los focos de las torretas de vigilancia se encendieron. Buscando a los posibles fugitivos, los proyectiles comenzaron a llover en todas direcciones. Los prisioneros se desparramaron alrededor de los barracones.

Dodango cogió a Fleur de la mano y le pidió que le siguiera. De pronto, se encontraron frente a cuatro hombres; uno de ellos era el mismísimo comandante de la prisión Underground.

Fleur disparó contra dos de los vigilantes y Dodango entró en acción manejando el machete como empleaba el *shinai* sobre el tapiz del *dojo* de Liberty Garden.

—¡Kiaiii!

En aquella ocasión no advirtió dónde iba a asestar el golpe, como era reglamentario en Kendo.

A uno le abrió el cráneo por la mitad y casi acto seguido, el comandante de Underground, la más sofisticada y cruel de las cárceles de África, fue decapitado de un solo tajo.

La cabeza rebotó contra el suelo con un golpe sordo cuando se apagaban todas las luces de la prisión y el caos se intensificaba. Allí comenzaba la venganza de los encarcelados contra sus execrables cancerberos.

—¡Ven, ven! —gritó Dodango a Fleur.

Zigzagueando, corrieron hasta el «Mercedes-Benz». Se metieron en él, encendieron los faros y tocando el claxon, enfilaron hacia la puerta como dando a entender que era míster Patricio el que pretendía huir de la brutal refriega.

Estúpidamente, los vigilantes abrieron las puertas. Cuando se dieron cuenta, ya era tarde.

A través de la ventanilla, Fleur efectuó varios disparos mientras Dodango pisaba el acelerador a fondo.

El cadáver de míster Patricio había quedado tendido en el piso del automóvil que no se detuvo hasta llegar a la carretera general donde apareció otro vehículo con sus potentes faros encendidos.

—¡Es el «Daymio», el «Daymio»!

—¿Qué? —preguntó Fleur.

Dodango no tuvo tiempo de explicarle. Detuvo el «Mercedes» y saltó al suelo. Fleur le siguió y al poco, ambos subían al potentísimo automóvil «Daymio». Ricky estaba al volante y dijo:

—He recibido tu llamada de so-soco-socorro y os estaba bus-buscando...

—¡Acelera, Ricky, hay que huir de aquí! ¡No creo que al amanecer quede vivo un solo vigilante de la prisión Underground!

CAPÍTULO VIII

Cuando el vehículo ¡policial del mayor Job Tesang llegó ante la puerta de la empresa y almacén de importación de Charles Hoover, el vigilante le franqueó la reja, de inmediato.

El automóvil, sin ulular la sirena, pero con la luz de señalización parpadeando a intermitencias sobre el techo, se introdujo en el área de la empresa. Rodeó la edificación noble y fue hacia el embarcadero.

El mayor Job Tesang, acompañado de su chófer y dos de sus hombres de confianza, se mostraba nervioso y su ceño aparecía fruncido.

El coche rodó hasta los muelles. Allí había un capataz y varios hombres manipulando, con grúas adecuadas, las rampas que debían colocarse.

El auto se detuvo, encarado con el muelle principal.

El capataz, un hombre fornido, con algunos años pero que conocía muy bien su trabajo, se acercó al coche. Conocía bien al jefe superior de la temible SAP.

—¿Buscaba algo, mayor Tesang?

—¿Dónde está tu amo?

—A punto de llegar. Por los *walki-talky* de comunicación nos dicen que avanzan por el río; en breves minutos estará aquí.

—¿Todo ha ido bien?

—Sí. Según nos ha comunicado, el desembarco en el mar, del buque mercante, ha sido perfecto, la mar estaba llana y no ha habido dificultades para carear las gabarras.

El mayor Tesang no dijo nada. Prefirió permanecer dentro de su automóvil, sin salir de él.

Por el ancho y caudaloso río Longo, navegable hasta cierto calado, no tardó en aparecer el potente remolcador fluvial perfectamente controlado por el práctico y convertido en cabeza de la reata de gabarras; hasta ocho, en total, iban tras el pequeño pero potentísimo remolcador, más bien lento en velocidad, pero todo él motores para poder arrastrar río arriba lo que hiciera falta.

De la popa salían las cadenas de enganche que sujetaban la primera gabarra y tras la popa de ésta, otras cadenas enganchaban a su vez la barcaza siguiente.

Las siete gabarras iban cargadas al máximo y cubiertas con lonas para que no quedara visible su carga.

Sólo había una luz en todo el conjunto de embarcaciones: un foco en la proa del remolcador. Este producía un ruido considerable y todo él trepidaba al luchar contra la corriente del río llevando su valiosa carga hacia los muelles habilitados para el desembarco.

Charles Hoover iba en la proa de la embarcación de arrastre, verdadero tractor acuático. En la misma embarcación viajaban los cuatro tailandeses guardaespaldas de Hoover.

Al quedar iluminados los muelles privados por el foco de popa, se intercambiaron unos silbatos de señalización mientras se cruzaban órdenes con los *walki-talky*.

Todas las barcazas fueron colocadas ante las rampas preparadas para el desembarco de la mercancía, sin que corrieran peligro los vehículos transportados.

Desde un principio, Charles Hoover había divisado el coche policial que tenía unos distintivos amarillos muy significativos, los distintivos del mayor Tesang; pero no fue hacia él hasta que comenzaran a retirar las lonas de las barcazas, quedando al descubierto los lujosos automóviles, colocados a través en cada gabarra que transportaba cinco unidades, lo que arrojaba un total de treinta y cinco coches de alta cotización en el mercado internacional.

—Mayor, ¿no quiere verlos más de cerca? —le preguntó Hoover, acercándosele.

El mayor Job Tesang se mostró remiso en salir de su vehículo policial.

—Las cosas no marchan bien, Hoover, usted tiene la culpa de todo —le espetó a boca de jarro y sin haberle predispuesto al mal humor.

—¿Qué sucede, mayor? ¿Qué es lo que no va bien? Ahí están los coches; el desembarco ha sido perfecto y el trabajo que han efectuado en las bodegas del buque mercante, también. La verdad es que esos mecánicos, pintores, y tapiceros, son unos artistas, gente que tiene dificultades para encontrar trabajo en muchos lugares por haber estado en la cárcel y que en este negocio se ganan buenos salarios. Mírelos, están como nuevos, la verdad es que son prácticamente nuevos. Sólo hay que fijarse en el dibujo de las ruedas para darse cuenta. Son seleccionados antes de ser robados por esas pandillas juveniles que se encargan de proporcionárnoslos. Cuando tienen, más de veinte mil kilómetros, los rechazamos.

—Hoover, usted me está hablando muy entusiasmado de sus automóviles, de su mercancía clandestina robada en los Estados Unidos y que trae aquí para regalar o vender; pero yo le estoy hablando de otra cosa…

—¿De qué, mayor?

—De sus amigos: De Savage, ese reportero; del japonés gigante y

del negro que va con ellos.

—No son precisamente mis amigos.

—Era un eufemismo; lo sé perfectamente, porque usted me pidió como un favor especial que me desembarazara de ellos. Les envié a siete hombres enmascarados y no pudieron con los tres.

—Bien, pero nadie le ha relacionado con esos hombres que murieron. Los periódicos han hablado de guerrilleros terroristas y, total, eran hombres del SAP que, como usted bien ha dicho, no se lucieron.

Mientras los zatandeses colocaban las rampas y se preparaban para ir desembarcando con sumo cuidado cada uno de los vehículos para que sus carrocerías no recibieran la más mínima raya o rozadura, Hoover y el mayor Tesang, jefe de la Security Army Police, seguían hablando y al hombre blanco no le gustaba, en absoluto, la aspereza y mal humor que el zatandés traía consigo.

—Míster Patricio ha intervenido para tender una celada a esos extranjeros y, de paso, apretarle las clavijas a Bobono que está influyendo demasiado en míster Presiden! en contra de nosotros.

—¿Y qué tal ha ido todo?

—Mal, muy mal.

—¿Cómo?

—Se han escapado de Underground.

—¿Que se han escapado de Underground? —repitió, atónito—. ¡Si eso es imposible!

—Imposible para hombres normales, pero ésos son diferentes. Tengo a todo el SAP movilizado cercando la selva alrededor de la prisión. Los prisioneros han escapado a cientos y ha habido una masacre entre los carceleros. Los prisioneros se han vengado a placer de sus verdugos.

—Pero ¿cómo han podido escapar y, además, soltar a los otros?

—No me lo pregunte que no lo sé, a míster Patricio lo han encontrado muerto dentro del «Mercedes» que usted le regaló. Todavía no está muy claro de qué ha muerto porque no tiene ningún balazo en su cuerpo ni ha sido descabezado como un pez como le ha ocurrido al comandante de la prisión Underground.

—¿Que han decapitado al comandante de Underground? —exclamó, sinceramente sorprendido. Incluso, parecía que la parte de su rostro paralizada, que de ordinario semejaba una máscara, también expresaba sorpresa.

—Por lo que sé, de un machetazo le han separado la cabeza del cuerpo. Estamos tratando de controlar todo este caos que se ha organizado por culpa suya, Hoover.

—¿Por culpa mía?

—Sí, esos hombres han venido a Zatandia por usted.

—Ellos suponían que los coches robados y desaparecidos en los Estados Unidos, de determinadas marcas, venían a parar a Zatandia, pero no son policías sino simples periodistas en busca de un reportaje de escándalo. No tienen ninguna jurisdicción aquí y usted puede encerrarlos por lo que han hecho; me refiero a provocar la huida de los prisioneros de Underground.

—Lo malo es que algunos escapan del todo y están contando lo que han tenido que soportar en las celdas subterráneas de la prisión por exigir un gobierno sin corrupción, y que usted es uno de los culpables de esa corrupción.

—No soy el único.

—Es verdad, pero Savage ha venido a por usted. Hemos perdido a míster Patricio, auténtico enlace y coordinador de todo lo que nos beneficiaba a los que ocupamos el Poder. También ha caído el comandante de la prisión, un tipo muy leal a mis órdenes.

—No podía prever eso, mayor; además, me asombra que usted venga a quejárseme. ¿Qué clase de policía militarizada tiene bajo su mando, que no es capaz de controlar a tres extranjeros?

—No me saque de mis casillas, Hoover —silabeó—: Estoy harto de ese desprecio que los blancos nos escupen a los negros.

—¡No diga tonterías, mayor; yo no soy segregacionista! Por favor, no compliquemos más las cosas. Usted está de mal humor y yo también lo estoy por lo sucedido, pero seguro que podrá controlar la situación. Sus hombres pueden disparar sobre ellos a matar, sin más complicaciones. Ahora, fíjese en la mercancía que he traído, esta vez... El «Mercedes» deportivo blanco que hay en la primera barcaza es para usted; claro que puede escoger otro, el que más le agrade. Todo esto pasará *y* luego podrá disfrutar de esos vehículos; es más, si usted y yo nos ponemos de acuerdo, puesto que ha desaparecido míster Patricio, puedo darle parte de mis beneficios en divisas.

—¿Divisas, dice? —inquirió, ya más interesado el mayor Tesang.

Algunos vehículos fueron puestos en marcha y comenzaron a ser desembarcados por las rampas de madera cuando, inesperadamente, semejó descargar sobre ellos una tormenta seca, sin truenos, sólo relámpagos.

Potentes fogonazos brotaron de distintos lugares, desde lo alto del edificio y entre los árboles. Era difícil determinar de dónde salían aquellos relámpagos de considerable luminosidad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el mayor Tesang.

—No lo sé, parecen potentes *flashes* de reportero gráfico.

—¿Qué ha dicho? —rugió el mayor Tesang.

Charles Hoover miró significativamente al mayor, como dándose cuenta de que, por casualidad, parecía hacer dado con la solución.

—¡Rápido, rápido, quiten esos coches de ahí, desatraquen el

barco! —gritó Charles Hoover, reaccionando.

El mayor Tesang se introdujo rápidamente en su vehículo y ordenó:

—¡Vamos, rápido, fuera de aquí!

Se dirigió a la salida, rodeando los almacenes y edificios. Ya en la puerta se encontró frente a un grupo de vehículos militares; uno de ellos era un tanque que le apuntaba directamente con un cañón.

—¡Quietos! —ordenó el mayor Tesang a sus hombres.

Se abrieron las portezuelas laterales del coche policial y unos militares ordenaron;

—¡Apéense!

Los miembros del SAP estaban controlados por las armas de los militares.

—No se apene usted, mayor Tesang; habrá salido muy favorecido en las fotos que le he hecho junto al embarque clandestino de automóviles robados —le dijo Savage cínicamente, acercándosele.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Colocando las cámaras, previamente, en los lugares más apropiados. Luego, con este aparatito de control remoto, las he ido disparando. —Y le mostró el artilugio electrónico.

Junto a altos oficiales del ejército regular estaba el secretario Bobono.

—Queda usted destituido de sus cargos, mayor Tesang.

—¡No puede hacerlo!

—Tengo la orden firmaba por el propio míster President. El ejército regular se hace cargo de los deberes policiales, hasta que el SAP sea reorganizado después de que sus corrompidos miembros sean procesados y sentenciados, si ha lugar.

Se escucharon algunos disparos al otro lado de la edificación.

Savage salto al interior del coche policial cuando los miembros del SAP eran arrestados por el ejército que, por orden presidencial, se hacía cargo de la situación.

Savage pisó a fondo el acelerador del vehículo sin siquiera preocuparse de cerrar las portezuelas. Rodeó el edificio y enfiló hacia el remolcador que, desenganchado de las barcazas, se ponía en marcha. El práctico comenzó a separarlo del muelle.

Savage pisó a tope el pedal del gas y saltó por el muelle. Cruzó el aire por encima del agua y se estrelló contra el puente de gobierno del remolcador, destrozándolo.

El impacto del automóvil contra el puente fue violentísimo y Savage quedó un tanto aturdido.

Los soldados que habían cercado el área comenzaron a arrestar a los secuaces de Charles Hoover. Este se hallaba con sus tailandeses a bordo de la embarcación que seguía con los motores en marcha pero

sin control, con el morro del automóvil incrustado en la cabina de mando.

Ricky y Dodango habían conseguido saltar sobre el remolcador antes de que se separara demasiado del muelle.

—¡No disparen contra ellos! —pidió Bobono, que iba con los altos oficiales del ejército zatandés.

Uno de los tailandeses, armado con un machete, abrió la puerta del vehículo para asestar un golpe mortal a Savage.

Pero, un *shuriken* circular, de cantos afiladísimos, voló por el aire y le cortó parte de la muñeca armada. El largo machete cayó al suelo.

Savage se recuperó y dio un empujón al tailandés herido, lanzándolo al agua. Salió del vehículo destrozado y tomó el machete.

Mientras, Dodango se enfrentaba a dos tailandeses que le estaban atacando, uno con las manos vacías y el otro con un puñal. La pelea entre budokas y sicarios, se desarrolló a bordo del barquito a la deriva, con el automóvil incrustado en el puente de mando.

Desesperado, Charles Hoover tomó una pistola y disparó sobre Dodango.

Gracias a que el joven negro estaba saltando para evitar una puñalada, la bala sólo le acusó un roce doloroso.

Charles Hoover quiso rematar su obra, sin conseguirlo. Desde lejos, Savage le lanzó el machete que se le hundió entre las costillas cuando se le abalanzaba por la espalda uno de los tailandeses.

Savage lo volteó por encima de su cabeza, sacudiéndoselo. El tailandés no cayó al suelo, sino entre los brazos de Ricky, el cual lo volteó en el aire.

Salió disparado por la borda, estrellándose contra las maderas del muelle. Cayó al agua con la cabeza partida y no volvió a salir.

Savage intervino en ayuda del herido Dodango cuando los dos tailandeses se le echaban encima para rematarlo.

Propinó un *yoko-geri* en la oreja del tailandés que tenía el puñal en la mano y con el que pretendía asestar un golpe letal a Dodango. El impacto con el canto del pie tumbó al oriental de costado.

Su compinche quiso replicar a Savage, pero éste le asió la muñeca con la zurda. Le metió el pliegue del codo por debajo de la axila y lo volteó en el aire.

La caída fue funesta para el tailandés que dio de espaldas contra la baranda del remolcador y su espinazo crujió, al partirse.

Ricky y Savage se miraron; allí ya no había nadie más para crearles problemas.

Charles Hoover, el corruptor de bandas juveniles para que robaran automóviles que él compraba, estaba muerto del machetazo a distancia, aún con la pistola en la mano.

Ricky levantó entre sus poderosos brazos al herido Dodango cuando la proa del remolcador encalló contra la orilla del río Longo, sufriendo una sacudida y agrietándose su casco, en parte. Al fin, quedó detenido.

EPILOGO

Dodango abrazó a Moses P. Savage; tenía un nudo en la garganta. Se hallaban en el aeropuerto de Zatandia y varias miradas convergían en ellos.

—Sé que no podrás olvidar todas las enseñanzas, el amor al prójimo que te han inculcado en Liberty Garden y aquí, en Zatandia, podrás hacer una gran labor junto a Fleur que va a ser tu esposa.

—Mi futuro suegro me ha comunicado que la decisión de míster President es dinamitar totalmente la prisión Underground para que no queden vestigios de ella ni de sus horrores,

—Sa-Sa-Savage sabía bien lo que hacía al esco-cogerte a ti —le dijo Ricky abrazándolo también, pero elevándolo del suelo con suma facilidad.

—Ricky, no podré olvidarte nunca, siempre seremos como hermanos.

—Encárgate de que un avión de transporte nos envíe el «Daymio».

—Descuida, Savage, lo tendréis listo. Ahora, en Zatandia, terminada la corrupción, hay una gran tarea que acometer.

—Se-se-señorita, coja una carta, por favor —le dijo Ricky, ofreciéndole un abanico de naipes.

Fleur Bobono, un poco desconcertada, sacó una carta y preguntó:

— ¿Tengo que mostrarla?

—Sí —asintió Ricky.

—Es el diez de corazones —anunció ella.

—Mu-muy bien.

Cogiéndola por las mejillas, le estampó diez sonoros besos en la frente mientras Dodango sonreía.

Moses P. Savage alargó su mirada hacia la lejana terraza del aeropuerto; junto a la balaustrada había una esbelta figura femenina con la mano y parte del brazo enyesado. Les observaba a distancia, en silencio.

Savage no alzó su mano para despedirse de Uhla, la bella mulata que después de entregarle su amor más apasionado había tratado de matarle como lo que era, una vulgar asesina a sueldo.

Ricky y Savage subieron a la *Piper Jet.*

Los dos motores silbaron y Dodango, cogiendo con su brazo a

Fleur, vio despegar a la avioneta llevándose a sus amigos, a sus hermanos del mundo.

Dodango sabía, ahora, mejor que nadie, lo que significaba Liberty Garden; de allí saldrían hombres como él que no servirían a ningún interés de grupo o ideología, sólo a la justicia y al amor y al respeto hacia el prójimo.

Mas, siempre estaría latente la presencia de algún sicario de la Secta Internacional del Dragón Bicéfalo, que por todos los medios, mediante todas las argucias, trataba de exterminar a Moses Pacific Savage y a su obra, que era Liberty Garden.

F I N

Notas

[←1]

Camino o vía hacia la perfección.

[←2]

Ausencia del ego.

[←3]

Cualquier nombre referente a la nación en que se centra esta novela son imaginarios por razones de ética y respeto. Los regímenes evolucionan y por diferencias de fechas podría culparse a inocentes de actos no cometidos. ***(N. del A.)***